

BIBLIOTECA

POPULAR VENEZOLANA

Andada

JOSÉ RAMÓN YEPES



LIBRERÍA
LA GACETA

NOVELAS Y CUENTOS

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION

A N A I D A

Con este nuevo título de la BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA, la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación se propone enriquecer todavía más la bibliografía nacional, por lo menos en un aspecto que interesa a la historia de la literatura de nuestro país, a la vez que pone en manos del público una obra sencilla, tempranamente atenta a la vida y a la problemática del primitivo poblador de esta tierra.

José Ramón Yepes comenzó sus labores literarias cuando la vida intelectual de Venezuela estaba dominada por el fervor romántico; luego le tocó, junto con otros poetas, recibir la influencia de las corrientes positivistas europeas, que tanto daño ocasionaron a la lírica. Yepes, como poeta, ha merecido la atención de algunos críticos; pero de sus trabajos en prosa es muy poco lo que hasta ahora se ha dicho. El prólogo que para este volumen preparó recientemente Oscar Sambrano Urdaneta es una contribución de importancia en este último sentido.

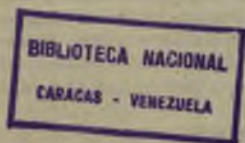
Figura Sambrano Urdaneta entre los más jóvenes, conscientes y preocupados investigadores de la literatura venezolana, pues por vocación y por estudios viene desde hace

V863.2
Y47
e.2

ANIDA

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS

FONDO BIBLIOTRAFICO ESPECIAL
DE AUTORES VENEZOLANOS



Títulos de la BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

SERIE ROJA

Novelas y Cuentos

- 1.—Las Memorias de Mamá Blanca.—Teresa de la Parra.
- 4.—Tío Tigre y Tío Conejo.—Antonio Arráiz.
- 7.—Cantaclaro.—Rómulo Gallegos.
- 9.—Peregrina.—Manuel Díaz Rodríguez.
- 11.—Leyendas de Caroní.—Celestino Peraza.
- 13.—Memorias de un Vividor.—F. Tosta García.
- 15.—Las Lanzas Coloradas.—Arturo Usler Pietri.
- 17.—Las Sabanas de Barinas.—Capitán Vowel.
- 18.—El Mestizo José Vargas.—Guillermo Meneses.
- 22.—Cubagua.—Orinoco.—Enrique Bernardo Núñez.
- 25.—Por los llanos de Apure.—F. Calzadilla Valdés.
- 38.—«En este país...».—L. M. Urbaneja Achelphol.
- 46.—Peonía.—M. V. Romerogarcía.
- 47.—La tienda de muñecos.—Julio Garmendia.
- 60.—El Sargento Felipe.—G. Picón Febres. Prólogo de M. Picón Salas.
- 65.—Anaída.—José Ramón Yepes.

SERIE AZUL

Ensayo, Historia, Biografía, Narraciones y Leyendas

- 2.—Mocedades de Bolívar.—R. Blanco Fombona.
- 5.—José Félix Rivas.—J. V. González.
- 8.—Sucre.—Juan Oropesa.
- 12.—Hombres de Ideas en América.—Augusto Mijares.
- 19.—Al Margen de la Epopeya.—Eloy G. González.
- 21.—El Regente Heredia.—Mario Briceño Iragorry.
- 24.—Vargas, el Albacea de la Angustia.—Andrés Eloy Blanco.
- 28.—Historia de Margarita.—Francisco Javier Yanes.
- 30.—Cinco Tesis sobre las Pasiones y otros Ensayos.—I. Puertas Flores.
- 33.—El Misterioso Almirante y su enigmático descubrimiento.—Carlos Brandt.
- 37.—Andrés Bello.—Rafael Caldera.
- 39.—Venezuela heroica.—Eduardo Blanco.
- 44.—Vida anecdótica de venezolanos.—Eduardo Carreño.
- 50.—Paisajes y hombres de América.—Oscar Rojas Jiménez.

- 51.—**Recuerdos de Venezuela.**—Jenny de Tallenay (Traducción de René L. F. Durand).
- 55.—**La Luz y El Espejo.**—Augusto Mijares.
- 57.—**Huellas sobre las Cumbres.**—Claudio Vivas.
- 59.—**Algunos juegos de los niños de Venezuela.**—Miguel Cardona Martí.
- 61.—**Trazos de Historia Venezolana.**—C. Parra Pérez.
- 63.—**La Palabra encendida.**—Héctor Cuenca.
- 64.—**Los Cronistas y la Historia.**—Guillermo Morón.

SERIE MARRÓN

Antologías y Selecciones

- 3.—**Cuentistas Modernos.**—Julián Padrón.
- 6.—**Cancionero Popular.**—José E. Machado.
- 10.—**Añoranzas de Venezuela.**—Pedro Grases.
- 14.—**Poetas Parnasianos y Modernistas.**—Luis León.
- 16.—**Crónica de Caracas.**—Aristides Rojas.
- 20.—**Poesías y Traducciones.**—J. A. Pérez Bonalde.
- 23.—**Folklore venezolano.**—R. Olivares Figueroa.
- 26.—**Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela.**—Joaquín Gabaldón Márquez.
- 27.—**El Paso Errante.**—Pedro Emilio Coll.
- 29.—**Antología de Andrés Bello.**—Pedro Grases.
- 31.—**Geografía Espiritual.**—Felipe Massiani.
- 32.—**Sones y Canciones y Otros Poemas.**—Alfredo Arvelo Larriiva.
- 34.—**Comprensión de Venezuela.**—Mariano Plcón Salas.
- 35.—**Jagüey.**—Héctor Guillermo Villalobos.
- 36.—**¡Canta, Pirulero!**—Manuel F. Rugeles.
- 40.—**Retablo.**—J. A. De Armas Chitty.
- 41.—**Doctrina.**—Cecilio Acosta.
- 42.—**Antología.**—Francisco Pimentel (Job Pim).
- 43.—**Las Nubes.**—Arturo Uslar Pietri.
- 45.—**La voz de los cuatro vientos.**—Fernando Paz Castillo.
- 48.—**Mitos y Tradiciones.**—Tullo Febres Cordero.
- 49.—**Fastos del Espíritu.**—Félix Armando Núñez.
- 52.—**Secretos en Fuga.**—Luis Beltrán Guerrero.
- 53.—**Folklore Venezolano.**—R. Olivares Figueroa.
- 54.—**Antología del Cuento Venezolano.**—Guillermo Meneses.
- 56.—**Antología Poética.**—Vicente Gerbasí.
- 58.—**Obras, de J. A. Ramos Sucre.**—Prólogo de Félix Armando Núñez.
- 62.—**Manual del Folklore Venezolano.**—Isabel Aretz.
- 66.—**Antología Política.**—Antonio Spinetti Dini.

V863.2
Y47.4
e.2
BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

65

JOSÉ RAMÓN YEPES

ANAIDA

**OBSEQUIO DEL
MINISTERIO DE EDUCACION**

Dirección de Cultura y Bellas Artes

CARACAS - VENEZUELA

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA Y BELLAS ARTES
CARACAS. 1958

© ES PROPIEDAD

NBN: VE 58-0012

Impreso en España. - Printed in Spain. - 1958

Imprenta HERALDO DE ARAGÓN, S. A. - Calvo Sotelo, 9. - Zaragoza

JOSÉ RAMÓN YEPES

1. — EN DEMANDA DEL AGUA PROFUNDA

Con todas sus velas desplegadas, la Intrépida va dejando a popa la tranquila superficie lacustre y se enrumba cabeciente hacia el Caribe. La goleta ha zafado ya los traicioneros bajos de la Barra, y con recogida actitud su tripulación contempla el preciso momento en que el disco solar parece juntarse con el agua salobre. La campana de a bordo empieza a sonar. Se han hecho las últimas marcaciones diurnas. En adelante, la goleta cortará las sombras guiada por las estrellas. El Comandante Yepes abandona el puente y recostado a la borda de estribor hunde la mirada en el seno de las aguas crepusculares.

*Marino solitario
sobre la mar profunda,
no temas del crepúsculo
la tibia luz que inunda
el cielo por doquier . . .*

Es el mar uno de los elementos que con mayor hondura labran el espíritu de quienes lo frecuentan. La extraordinaria aventura que representa para un terrestre hallarse en medio de las aguas, es causa primaria de uno de los más señalados caracteres humanos. El hombre de mar es fundamentalmente un devoto. Entre nosotros, el pescador de Margarita o el piragüero zuliano no abandonan el muelle sin antes invocar a la Virgen del Valle o a la «Chinita». Hasta el rudo bonguero que transita por los grandes ríos interioranos se devuelve a tierra si por involuntario descuido ha olvidado poner barca y rumbo bajo la protección del «Viejito».

Los afectos del marino son otro aspecto de su devoción. A bordo navega el recuerdo. En tierra, la llamada del mar rompe las más firmes ataduras amorosas. Y luego, la verde inmensidad, germen de todos los rumbos, engendradora por ello de la rosa de los vientos, cría y ensancha el culto entrañable a la vida libre, y a golpes de adversidad esculpe recios caracteres, habituados a enfrentarse con las más poderosas fuerzas de la Naturaleza, en el nombre de Dios.

*. . . el marinero triste
yo sé que en este instante,
sobre la popa trémulo
eleva suplicante
su corazón a Dios.*

Mucho debe al mar José Ramón Yepes. Nacido a orillas del Lago de Maracaibo, amortajado por aquellas mismas ondas que de niño lo sintieran corretear por las playas lacustres y treparse con audacia de precoz vigía a los más elevados cocoteros, el destino de Yepes está unido a las aguas. A ellas debió no sólo la profesión, su acendrada fe religiosa, algunos de los momentos de mayor goce y de más intenso sufrimiento. Debió también la inspiración poética más característica de su obra¹, y encontró en ellas ámbito natural para su temperamento contemplativo y meditabundo, y para su conciencia política definidamente liberal.

A muchas de estas condiciones se debe el romántico retrato que don Felipe Tejera dejó en sus Perfiles venezolanos: «Es Yepes de carácter reservado y poco ingenuo, ama la gloria y esconde mal su natural orgullo. De estatura regular, rostro ancho, pómulos salientes, trigüeño, ojos ovalados y vivos, boca grande, pelo y barba lisos, cuerpo desairado. De constitución nervioso-biliar, no puede departir desde su asiento, sino que se levanta, va y viene, se contonea como sobre el bajel, irgue la cabeza, se animan sus facciones y habla como si es-

¹ «Consta de Yepes no sólo por confesión propia en sus bien sentidos versos, sino por amistosas confidencias, que debió su numen poético, sus mejores concepciones, a su vida de marino». Jesús M. Portillo: *Al cantor de las nieblas, General José Ramón Yepes*, pág. 8.

tuviera mandando la maniobra; su voz entonces es más rápida y enérgica y su cabeza, arrogantemente enhiesta, parece dominar con el ceño la furiosa tempestad. Yepes reserva mucho su última opinión; oye atento, parece que rumia las ideas, y cuando no puede discutir con éxito seguro, se resguarda con la égida del silencio.»²

2. — REPASO BIOGRÁFICO

José Ramón Yepes nació en Maracaibo el 9 de diciembre de 1822. Fueron sus padres don Ramón Yepes y doña María del Carmen Moreno. De niño sufrió grave fractura en una pierna y hubo de ser trasladado a Caracas donde fué asistido por el sabio Vargas. Después de la convalecencia su padre lo inscribió en el famoso colegio de don Feliciano Montenegro y Colón, donde adquirió sólida formación ciudadana y bien cimentada cultura literaria. Gran significado para la obra de Yepes tiene esta temprana mudanza a Caracas, ciudad que llegó a amar entrañablemente, y a la que cantó, como a Maracaibo, en más de una estrofa. En Caracas, aspiró los últimos hálitos de nuestra magna epopeya, y conoció personalmente algunos de sus héroes.

Inició la carrera naval el 1.º de septiembre de 1840, a bordo de la goleta de guerra «28 de di-

² Página 211.

ciembre», en la que ingresó en calidad de «aventurero». Fué distinguido con sucesivos ascensos que culminaron con el grado de General de Brigada, concedido en 1864 por el Mariscal Juan Crisóstomo Falcón³. Yepes vivió casi todos los más angustiosos

Hoja de servicios de José Ramón Yepes:

- 1-12-1840 Marinero de segunda clase.
- 24-8-1842 Ingresa en la Escuela Naval de Maracaibo con el grado de Guardia-Marina.
- 11-4-1848 Segundo Teniente de la Armada Nacional.
- 29-7-1848 Por sus notables servicios en el combate naval del Puerto de Capana fué ascendido a Primer Teniente de Marina.
- 11-1848 Comandante de la goleta de guerra *Intrépida*. Como tal participó a las órdenes del General Justo Briceño en el paso de la Barra de Maracaibo.
- 2-1849 Comandante del Bergantín *Presidente*.
- 2-1850 Primer Comandante del vapor de guerra *General Jackson*.
- 26-4-1850 Comandante del Apostadero y Capitán de Puerto en Maracaibo.
- 14-12-1850 Capitán de Fragata.
- 23-2-1853 Capitán de Navio.
- 15-7-1855 Mayor General de la Escuadra Nacional.
- 22-12-1857 Comandante del Apostadero de Guayana.
- 16-3-1858 Vuelve a la Comandancia del Apostadero en Maracaibo.
- 9-4-1864 Es ascendido al grado de General de Brigada, equivalente al rango actual de Contralmirante.
- 9-1873 Vuelve por tercera vez a ocupar el cargo de Comandante del Apostadero en Maracaibo.
- 31-8-1874 Director de Marina en el Ministerio de Guerra y Marina.
- 16-3-1877 Nombrado de nuevo Director de Marina, ocupa la cartera de Guerra y Marina interinamente hasta el 13-12-1878, por ausencia de su titular el General José Gregorio Varela.

lances de la marina de guerra. En la batalla naval de Capana, su barco encalló con el timón destrozado por la metralla; sin embargo, logró poner a salvo la tripulación y el parque. Al amanecer sostuvo un encuentro con tropas enemigas que habían venido a despojarlo de armas, municiones y de la vida misma. Al frente de la escuadra nacional, comandando la Intrépida, intervino en el forzado paso de la Barra de Maracaibo, durante el último combate naval que registra nuestra historia. En otra ocasión naufragó, y creyendo ver en aquello un mal augurio, decidió no hacerse de nuevo a la mar. En Maracaibo desempeñó el cargo de Capitán de Puerto. Refiérese que por incompatibilidad de criterio con el General Venancio Pulgar, quien sostenía a mano armada la idea de separar al Zulia del resto de la confederación venezolana, Yepes se vió precisado a abandonar la ciudad. Acompañado por su familia fué a vivir en Coro, bajo la égida de su gran amigo el Mariscal Falcón. Tuvo Yepes una activa vida pública: Diputado al Congreso Nacional, Senador. Diarista, Secretario del Ministerio de Guerra y Marina y Ministro interino.

En Caracas cultivó la amistad de algunos de los más nombrados escritores de aquel tiempo: Cecilio Acosta, Aristides Rojas, Pedro Arismendi Brito, Julio Calcaño, Jesús M.^a Sistiaga, Heraclio Martín de la Guardia, Abigaíl Lozano. Su nombre está de

primero en la generación de poetas a la cual perteneció.

Consagrado por entero a la vida familiar, a la poesía y a la enseñanza, pasó los últimos días de su vida en Maracaibo. Su muerte está enmarcada dentro de las más curiosas circunstancias. Felipe Tejera narra así el fatal episodio: «Ya para terminarse esta publicación, ha llegado la triste nueva de la muerte del ilustre poeta José Ramón Yepes, acaecida en Maracaibo el día 21 de agosto del corriente año [1881]. Refiérese que el poeta trabajaba en una poesía conmemorativa del Centenario de Bello, y, como para madurar el plan de su obra, se paseaba de noche por el muelle de Maracaibo. Las estrellas vertían sobre la frente del bardo claridades apacibles, aura tibia de los vecinos cocoteros refrescaba sus sienes y corrían a lo largo de la ribera las aguas fosforescentes del lago, cuando el poeta quizás absorto y embargado, abstraído del mundo y en pos de sublimada inspiración, cayó de improviso en las aguas. La noche eterna cerró sus párpados y fué a continuar el divino cántico de los espíritus en el coro infinito de los cielos estrellados. Venezuela llora en él uno de sus mejores poetas.»⁴ Sus restos reposan en el Panteón Nacional.

⁴ *Perfiles venezolanos*, págs. 273-274.

3. — OBRAS EN VERSO

Del grupo de poetas venezolanos nacidos en la tercera década del siglo XIX, integrantes de nuestra primera generación romántica⁵, Yepes es hoy, sin duda, el nombre de mayor prestigio. Algunos de ellos, como Abigaíl Lozano, alcanzaron en vida una fama que rebasaba las fronteras nacionales. Sin embargo, el haberse ceñido en demasía a ciertas influencias literarias, como las de Zorrilla y Espronceda, condujo a aquel grupo de poetas a imitaciones circunstanciales y sin ninguna originalidad, valederas mientras vivían sus modelos, pero carentes de resonancia en nuestros días. Si cabe la comparación, podría imaginárseles como a esas nubes que se llenan de luz mientras brilla el astro que las atumbra: una vez oculto éste, adquieren su verdadero color grisáceo, sin nada que las distinga en el conjunto.

Adrede he omitido hasta ahora el nombre de José Antonio Maitín. Nacido en la primera década del pasado siglo, Maitín debe incluirse, sin embargo, dentro de esta primera generación romántica, especialmente por el hecho de que su obra es de

⁵ Entre otros figuran: Federico Núñez de Aguiar (1822), J. M. Núñez de Cáceres (1822), Abigaíl Lozano (1823), Ramón Isidro Montes (1826), Juan Vicente Camacho (1829), Eloy Escobar (1829), Heraclio Martín de la Guardia (1829), etc.

*tardía aparición*⁶. Maitín y Yepes resultan, a la postre, los dos poetas de esa generación que hoy conservan mayor vigencia. Aun cuando uno y otro pagaron tributo a la moda y al mal gusto de su tiempo, y dejaron por ello una obra de desigual calidad lírica, a ratos supieron sacudirse del influjo ajeno y extraer del suelo nativo y de la propia experiencia los zumos que vivifican poemas como el Canto fúnebre, de Maitín, y La medianoche a la claridad de la luna, de Yepes, los cuales tienen un indiscutible sello de originalidad, buen gusto y aciertos artísticos que salvan los nombres de ambos para la posteridad.

Muy distante del bucólico retiro a que se sometió Maitín en Choroní, y más bien a semejanza de Fermín Toro, Juan Vicente González o Cecilio Acosta, Yepes compartió el ejercicio literario con algunas actividades públicas ligadas a los más angustiosos momentos de la vida venezolana a mediados del siglo pasado. Esto, a lo que parece, contribuye a explicar su falta de pulimento literario, señalada, entre otros, por Jesús Semprum⁷. No dis-

⁶ *Obras poéticas de José A. Maitín*. Almacén de José María de Rojas. Caracas 1851.

⁷ «Lo que puede censurársele a Yepes, en efecto, es su poco pulimento, su falta de borneo y de lima. Echaba fuera de sí los versos sin preocuparse de lunares; y tengo entendido que después de terminar una poesía la daba por acabada, sin volver jamás a ella provisto de lente crítica y artefactos de remiendo. Supuse a los comienzos que los descuidos con que se hizo la edición de

frutó Yepes durante su accidentada existencia de aquel sosegado ambiente de corredores penumbrosos y patios coloniales con granados en el que la tradición se complace en ubicar a don José de Oviedo y Baños redactando con gran parsimonia y cuidado la meliflua prosa de su Historia. Por el contrario, casi me inclino a creer que el poeta marabino no situó el menester poético en el primer plano de sus actividades, sino que versificaba para grupos muy reducidos¹ y porque tenía para ello natural aptitud y una buena base de estudios métricos y de lecturas de clásicos adquirida en el colegio de Montenegro y Colón. De no haber sido así, posiblemente tendríamos ahora un escritor de mayores quilates.

Los temas de aparición más frecuente en la obra de Yepes pueden clasificarse en nativistas, marine-

Maracaibo serían mucha parte en la existencia de algunos lunares y aun defectos de bulto que ocurren en ese tono. Posteriormente me he convencido de que Yepes nunca se puso a la tarea de pulimentar las joyas que forjara. Las de oro resisten intactas el paso del tiempo; las de metal, menos noble, van ensombreciéndose, envolviéndose espontáneamente con aquella pátina que las hurta a nuestros ojos, como el brillo del cobre pulimentado se oscurece y apaga, devolviendo a la sombra perdurable el metal sin valía. Pero los granos de oro conservan su noble fulgor natural y bastan para aderezar una magnífica corona de poeta». *Crítica literaria*, pág. 98.

¹ «Yepes, en cambio, produce para ser leído por sus amigos. Así, escribe *Anaida* para Eloy Escobar; *Iguaraya* para Manuel M.^a Silva; lo mismo que muchos de sus poemas». Humberto Cuenca: *José Ramón Yepes*, pág. 64.

ros, amorosos, políticos, religiosos, filosóficos e indigenistas. Por necesidad de esta nota, sólo me referiré a tres de ellos.

El aspecto nativista en la obra de Yepes es el más conocido, aunque no el más frecuente. Espectáculo favorito y familiar al poeta fué el sugestivo panorama del lago de Maracaibo, el cual, junto con la ciudad homónima, forma el tema central de composiciones puramente descriptivas, como el romance asonantado Maracaibo a la claridad de la luna, donde aparecen palmeras, mujeres criollas, gaitas zulianas, serenatas, registros de arpa, el lago bañado por la luz de la luna, etc. Este romance vale sólo como exponente de los valores nativistas, y hasta costumbristas, que en él aparecen, y es, además, una buena muestra de los conocimientos que Yepes poseía en el arte de la versificación. En cambio, está plagado de lugares comunes y de ripios, y se advierte una total ausencia no sólo de «lima y borneo» como señala Semprum, sino de aliento creador, de calor humano, de verdadera emoción ante el paisaje del terruño.

Más importante para la calificación poética de Yepes resulta, en cambio, cierto nativismo trascendente, que como el de Francisco Lazo Martí, no se queda en el simple registro del paisaje, sino que sirve como pretexto a pensamientos que reflejan un angustiado mundo interior. De entre los varios poe-

mas de Yepes que atestiguan esta tendencia⁹ observemos, de paso, el que ha sido considerado por la crítica como el mejor logrado. Me refiero a La medianoche a la claridad de la luna. Allí el poeta zuliano se refiere a

*la extraña medianoche
de las regiones índicas*

donde

*... empieza el imperio
de esas visiones sin color ni nombre
que en inmortal misterio
guardan las noches tórridas.*

La Razón, en un primer intento, no alcanza a penetrar el secreto de cuanto la Naturaleza ofrece a los sentidos; y abrumada por interrogantes sin respuesta, prorrumpe en una angustiosa exclamación:

*¡Mentira!, bajo el peso
de tanta maravilla, grita el mundo.
Acaso será eso . . .
Pueda que los fantásticos
prestigios de la luz, tras el profundo
rumor que alzan los vientos que campean,
finjan visiones y mentiras sean.*

Esta conjetura emotiva no satisface, sin embar-

⁹ El excelente crítico y profesor Eduardo Crema desarrolla siempre este punto en sus clases de literatura venezolana.

go, al poeta, y por ello retorna a la certidumbre de que algo se interpone entre el sujeto y el objeto:

*Entre el hombre que piensa
y los astros que alumbran se descorre
como una cosa inmensa
impalpable, magnífica,
y cuando la parduzca y vieja torre
su postrimera campanada vibra,
de eso como infinito ¿quién se libra?*

Llegado a este ineluctable convencimiento, recobrada la serenidad, el poeta saluda con resignación al Misterio; pero asistido por el espíritu positivista que se avecina, confía en que la Razón penetrará algún día ese mundo invisible, y terminará por explicárselo:

*Salve augusto misterio
que encierras tan hondísimos arcanos;
en tu silente imperio
de sonidos insólitos,
y de pálidas luces, y de vanos,
pavorosos fantasmas, todo es triste
y se transforma todo cuanto existe.*

*Mas la razón del hombre,
al impulso inmortal del sentimiento
instintivo y sin nombre,
penetrará recóndito,
o explicarse querrá con noble aliento,
ese mundo invisible que reposa
oculto entre la noche silenciosa.*

Yepes dedicó una apreciable parte de su tiempo al cultivo de poesías indigenistas, como las tituladas Guaicaipuro, Alaida y Cortés, etc. Pero el poema de más aliento en este orden, el que Yepes parece haber trabajado con más ahínco, quedó inconcluso y fragmentario. Iba a llamarse La Maracaída, nombre que el autor sustituyó por Los hijos de Parayaute. A propósito de esta obra, desconocida casi por completo para las nuevas generaciones venezolanas, uno de los testimonios que mejor pueden calificarla hoy es el de don Julio Calcaño: «Para escribir la mencionada obra, que permanece inédita hasta ahora, y que sólo algunos de sus íntimos hemos leído, el poeta vivió por mucho tiempo en medio de los indígenas, estudiándoles, y adquiriendo datos históricos y penetrando en el corazón y el alma de aquella barbarie, tan dada a la superstición y a las pasiones más vivas. Era en esa obra en la que Yepes fundaba su renombre literario; y en verdad nada más americano que aquella poesía siempre fresca y colorida, que hace sentir al alma el rumorcillo de las palmeras del lago, el aire tibio de sus playas, cubiertas de pintados caracoles, y a las veces el viento tempestuoso que quiebra las ceibas en las Montañas Azules o el estruendo (sic) del relámpago lejano del Catatumbo. Para describir la naturaleza con las tintas del pintor y darle la vida luminosa del pensamiento, es preciso ser poeta como Yepes, acostumbrado des-

de niño a la contemplación de las montañas y de los astros, con la mirada dulce y melancólica de las grandes almas que aspiran a lo infinito. Acaso haya quien le censure en tales dé rienda suelta al maravilloso conjunto poético de filtros, talismanes, magas y otras quimeras a este tenor; más hay que tener en cuenta de que ello no proviene de que trate de imitar a los árabes, alemanes y franceses, sino de las supersticiones que inspiran entre los salvajes goagiros, y las cuales trajeron sin duda sus progenitores del antiguo continente.»¹⁰

4. — EL TEMA INDÍGENA EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

El tema indígena en la literatura hispanoamericana ofrece cuatro aspectos más o menos bien definidos. El primero estaría formado por aquellas obras de creación indígena, como el Popol Vuh, el Libro del Chilam Balam, el Ollantay, los yaravíes, y, en general, los mitos y leyendas pertenecientes a la más rudimentaria literatura de las comunidades precolombinas. Formarían el segundo aspecto los libros de los cronistas, primeros europeos en tomar contacto intelectual con el mundo indígena. A muchos cronistas los traicionó su exceso de credulidad, y poseídos por un desenfreno imaginativo

¹⁰ Citado por Humberto Cuenca, págs. 157-158.

que hoy hace sonreír, poblaron bosques y aguas de los más fantásticos seres. Sin embargo, no todo en ellos fué producto de cierta credulidad más avisada que ingenua. Sus libros están llenos de datos y referencias veraces e interesantes que permiten al especialista de hoy formarse una concepción bastante aproximada de lo que fué la organización social de las tribus que poblaban este continente en la época de su descubrimiento y conquista.

Los libros de los cronistas encontraron en Europa cierto eco, que pudiera entenderse como tercer aspecto del tema. En España responde Lope con El Arauco domado, y Alonso de Ercilla y Zúñiga con La Araucana, ambas obras con marcados acentos épicos. Por otra parte, el indio americano, feliz habitante de una naturaleza virgen y espléndida, en la que el hombre parecía vivir como en estado de gracia, libre de todo convencionalismo por estar lejos de la influencia corruptora que un Rousseau atribuía a las sociedades «civilizadas», encontró exaltados defensores de aquella envidiable condición en los primeros románticos. Principalmente desde la publicación de Atalá, de Chateaubriand, comenzó a manifestarse en Hispanoamérica una corriente literaria de tema indígena que ha tenido representantes en todas las escuelas y géneros. De estos representantes, los más próximos a la Independencia, tomaron al indio y su mundo como base fundamental desde donde pudiera elevarse una li-

teratura que nada le debiera a la española en cuanto a temas. En Venezuela, José Ramón Yepes y Abelardo Gorrochotegui son exponentes de esta tendencia americanista.

Actualmente, el tema indígena entra en forma tangencial en grandes obras de ficción, como *Cannaima*, de Gallegos, o sirve de elemento sustantivo a novelistas que como *Ciro Alegría*, *Jorge Icaza* o *Miguel Angel Asturias*, libran combativas requisitorias que se esfuerzan por denunciar la inhumana condición social a que en algunos países se tiene reducido al indio. Por último, el tema indígena es hoy un interesante objeto de estudio por parte de muchos ensayistas y científicos.

5. — ANAIDA E IGUARAYA

Hacia 1860, Yepes escribió dos pequeñas narraciones en prosa, de tema indígena, tituladas *Anaida e Iguaraya*, las cuales no fueron recogidas en libro hasta 1882. ¿Qué significan estas obritas para los comienzos de la novelística venezolana, y qué representan dentro de las labores literarias de Yepes?

Desde 1837, con la publicación de *La viuda de Corinto*¹¹, hasta *Zárate*, de *Eduardo Blanco*, en

¹¹ Fermín Toro: *La viuda de Corinto*. *El Liberal*, núm. 63. Caracas, 25 de julio de 1937. Firmado: Emiro Kastos.

1882, se registran en nuestra historia una serie de intentos narrativos, los cuales forman los más lejanos antecedentes, propiamente dichos, de la novela venezolana. En todos ellos se advierte una franca imitación de los grandes maestros europeos entonces de moda: Chateaubriand, Hugo, Saint-Pierre, Madame de Staël, Dumas padre, Scott, Zola.

Yepes no es la excepción, pero su caso presenta matices que son interesantes. Mientras Toro, por ejemplo, situaba en Londres la acción de su novela *Los mártires*, Yepes intentaba extraer lo que a juicio de la época constituía lo más característico del mundo americano: sus habitantes indígenas con su organización social, sus exóticas lenguas y el novedoso paisaje en donde aquéllos amaban, luchaban y morían. Tanto Yepes como Gorrochotegui escribieron basándose en la propia experiencia, ganada en sus contactos con tribus muy poco influídas por el blanco. De aquí se desprende un valor casi documental que es necesario no perder de vista, entre otras razones porque explica la bien fundada autoridad con que Yepes incursionaba por tales temas. Por ello, precisamente, el escritor zuliano no se formó una concepción mistificada de lo que era en realidad la vida del indio, sino que, por el contrario, en un párrafo como el siguiente, pinta con sombríos tonos el lamentable atraso en que moraban y moran casi todas nuestras tribus:

«Triste es ver los caneyes indianos en medio del

desierto a la claridad melancólica de la luna. El hombre primitivo en lucha abierta y desigual con una naturaleza poderosa que se despierta o sale a la vida llena de misterios incomprensibles es, en verdad, un ser bien infeliz. ¿Quién podría pintar los terrores del hijo de las selvas, cuando esa naturaleza se desencadena sañuda con la tempestad, palpita con el rumor desconocido de los sacudimientos subterráneos o se cubre de sombras en mitad del día con los fenómenos del cielo? ¡Ah! El pobre salvaje; ese sí sabe en su valerosa rudeza lo que quiere decir miseria, cuántos dolores encierra lo que se llama sufrimiento, y cómo es terrible y desolador el desamparo en que vive. Yo he visto en las orillas del Orinoco al largo de los fangales y anegadizos que forman sus crecientes periódicas, la tribu de los Guaraúños, de piel amarilla, y cuyos padres, al decir de sus ancianos, fueron dos monos. ¿Tenéis curiosidad de saber de dónde salen esos sonidos humanos, tristes, estridentes y de difícil comprensión, cuando vuestra nave sube río arriba, rompiendo con sus mástiles las palmas entretejidas, los corpulentos moriches que se retratan en las aguas?

»No los busquéis en tierra en la choza del pescador que atisba el cardumen a la lengua del agua, ni en el caney que a flor de la onda cristalina levantan algunos indios ictiófagos para adormirse con el rumor de sus olas; buscadlos en alto, allá, cercanos a las nubes, en las verdes y elevadas copas

de los árboles centenarios. ¿Cómo, preguntaréis, es esa morada del hombre?

»*Sí, la tribu de los Guaraúnos nace, vive y muere, como las serpientes, sobre esos troncos gigantes. ¿Quién no se espanta al contemplar tal existencia, que sólo tiene de humano el dolor bajo todas sus faces, con todo el lúgubre séquito del hambre, la desnudez, la intemperie y el desamparo? A las veces, se siente en arcabucos un crujido seco, que calla luego y torna a reproducirse con el extraño rumor del eco que va y viene en la soledad de las selvas; y es que los grandes árboles, socavados o podridos por las aguas, caen a tierra de improviso con un estrépito difícil de explicar. ¿Y qué pasa entonces en la familia guaraúna? Mientras que el esposo ágil y robusto sobrenada en la corriente del río, al golpe repentino, pero conocido ya de los reptiles que duermen en los esteros, se abalanzan éstos y se traba en el instante una lucha singular entre el hombre que defiende sus hijos, su esposa y sus ancianos padres que escapan por casualidad al abismo de las aguas, a horcajadas en las ramas del árbol, y el inmundo animal hambriento de carne humana, cuyas pupilas chispean de cólera al castaño de sus mandíbulas. . . En verdad casi siempre sale victorioso el hombre; pero extended la vista. . . junto con el cadáver del caimán se lleva el río, o traga en su corriente, algunos*

de los infelices pequeñuelos despedazados en la agonía por el monstruo.

»Lo que se dice del estado inculto y agreste de una tribu cualquiera de la América Meridional se puede aplicar a todas, teniendo en cuenta la diferencia de localidad en que la tribu haya plantado sus caneyes.

»Los indios del lago de Coquivacoa, al tiempo que se refieren nuestros estudios, estaban un tanto más adelantados que los del Orinoco; pero la misma incuria, la misma pereza; el error y la ignorancia tienen allí sus templos.»¹²

De ese mundo primitivo y trágico tomó Yepes los personajes y el escenario de sus dos relatos, pero no los argumentos. Lamentablemente, el escritor zuliano, influído en ello por la novela romántica, tomó el tema amoroso con su consabido cortejo de celos, intrigas, rivalidades y duelos a muerte donde triunfa el bueno, tal y como hubiese podido suceder en cualquier mediocre relato de aventuras. En este sentido, y a pesar de su visible superioridad sobre todos los anteriores intentos narrativos venezolanos, Anaida e Iguaraya no aportan nada excepcional.

Anaida está construída sobre una trama bastante simple. Dos guerreros, Turupén y Aruao, per-

¹² Anaida, cap. VII.

tenecientes a tribus rivales, se disputan en duelo a muerte el amor de una bella huérfana, Anaida. La vieja Itota atiza involuntariamente el conflicto al advertir a Aruao que Turupén y Anaida se habían desposado. Es de justicia hacerle honor a Yepes en sus aciertos como creador de caracteres, así como en su decidida vocación americanista, en la descripción de algunas interesantes costumbres goagiras, y en el empleo de voces indígenas que le comunican valor especial al lenguaje.

La trama de Iguaraya es todavía más simple. Al nacer Iguaraya, los mojanos de la tribu vaticinaron que sólo podría contraer nupcias con el guerrero que lograra realizar la prodigiosa hazaña de clavar una flecha en el cielo. El cacique Paipa, padre de Iguaraya, acogió complacido el augurio de los brujos, pues así era el mal entendido amor que profesaba a su hija. Taica, valeroso y astuto guerrero, se ofrece para cumplir el agüero, y ante la presencia de toda la tribu dispara una flecha que va a clavar en el fondo de las aguas ribereñas, creando la ilusión de que había traspasado el cielo. Paipa, lleno de reconrosa ira, se quita la vida en presencia de todos los concurrentes, e Iguaraya pierde el juicio al creer que quien ha matado a su padre ha sido Taica.

Como puede notarse, nada es bastante para rescatar estas obritas del olvido a que forzosamente serán condenadas por su exagerado simplismo argu-

mental. No es justo perder de vista que Yepes las escribió para consumo íntimo de sus amigos, y que jamás les dió categoría de obra impresa.

OSCAR SAMBRANO URDANETA.

\ Caracas, junio de 1958.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- BARRIOS MORA, José R.: *Compendio histórico de la literatura venezolana*. Tip. La Nación. Caracas, 1948.
- CORREA, Luis: *Terra patrum*. Impresores Unidos. Caracas, 1941.
- CUENCA, Humberto: *José Ramón Yepes*. Editorial Sur-América. Caracas, 1934.
- DÍAZ-SELJAS, Pedro: *Historia y antología de la literatura venezolana*. Ediciones Villegas. Madrid-Caracas, 1953.
- GRASES, Pedro: *La primera versión castellana de Atala*. Editorial Cromotip. Caracas, 1955.
- LOSSADA, Jesús Enrique: *Grandes líricos zulianos*. Maracaibo. Tip. El Propio Esfuerzo. 1939.
- MANCERA GALLETTI, Angel: *Quiénes narran y cuentan en Venezuela*. Ediciones Caribe. Caracas-México, 1958.
- PICÓN-FEBRES, Gonzalo: *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Empresa "El Cojo". Caracas, 1906.
- PICÓN-SALAS, Mariano: *Literatura venezolana*.
- PORTILLO, Jesús M.: *Al cantor de las nieblas, General José Ramón Yepes*. Tip. Alvarado e Hijos. Maracaibo, 1881.

SEMPRUM, Jesús: *Crítica literaria*. Ediciones Villegas, Caracas, 1956.

TEJERA, Felipe: *Perfiles venezolanos*. Caracas, 1881.

VARGAS, Francisco Alejandro: *Contra-Almirante José Ramón Yepes*. "Revista de las Fuerzas Armadas", vol. VII, núm. 38, págs. 159 - 168. Caracas, agosto de 1949.

YEPES, José Ramón: *Novelas y estudios literarios*. Imprenta Americana. Maracaibo, 1882.

YEPES, José Ramón: *Selección de poemas y leyendas*. Publicaciones de la Universidad del Zulia. Maracaibo, 1948.

ANAIDA

ESTUDIOS AMERICANOS

I

Ibase una india por la orilla del mar cantando, en tono de tristeza, el dulce *yaraví* de los goajiros. Anaida era de la tribu de los zaparas, cuyas chozas se levantan como las garzas marinas de en medio de las aguas del lago Coquivacoa. De continente airoso, sensible corazón y espíritu melancólico, distintivo de la raza caribe, llamábanla, los gandules de las rancherías vecinas, "La Virgen". Era que los salvajes, asombrados de su modestia y recogimiento, le hacían justicia. En las selvas, cada virtud tiene su alabanza, cada crimen su vengador: el mérito impone a todos la obligación de reconocerlo.

Pues así como Anaida caminaba divertida, acaso con sus melancolías, andando se venía también la noche llenando las selvas de sombras, el mar de ruidos y de estrellas la inmensa bóveda del cielo. Anaida conoció entonces que se había alejado mucho de su ranchería y torció el camino para buscar una vereda muy traficada que iba a dar derecha a su *bohío*. Como se ve, era la hora en que se agolpan al pensamiento tristísimas ideas y el corazón se oprime con presentimientos tan desconocidos como el infinito, cuya inmensidad rodea al mundo. Aquella hora estaba en armonía con el carácter de la pobre india.

Pero nuestro estudio exige particularizar o describir el lugar a donde se encontraba la virgen de los zaparas.

El lago de Maracaibo, dicho por los caribes laguna Coquivacoa, desagua en el golfo del mismo nombre por un espacioso bajo de espumosas olas y dos canalizos cuya estrechez hace palidecer aun en el día a los marinos en sus recaladas nocturnas. En aquel tiempo, lo que hoy se llama isla de Bajo seco, era una espaciosa lengua de arena que, tendida de oriente a occidente, arrancaba desde las tierras del cacique Guaranao, orillas del mar, hasta la confluencia del lago y del golfo. Allí, avanzando algún tanto al través de las aguas, parecía como querer impedir su choque o separarlas para siempre interceptándose en medio de las dos hasta unirse con la tierra firme de la opuesta ribera. Aquella lámina de tierra salpicada de conchas marinas, estaba cubierta de espesos manglares y elevados cocoteros; éstos, mirando al mar con sus penachos verdes; aquéllos, estancando los mares del lago para retratar en sus espejos, inmóviles y silenciosos, nidadas de palomas, pajarillos de mil colores y negras serpientes entrelazadas en su ramaje. Sobre las orillas blancas de esta isla, y formando una línea de circunvalación que presentaba su frente al mar, a los bajos y al lago, se levantaba, batida por las aguas, la tribu de los zaparas. Tamanaco era su cacique, y podía poner en pie quinientos *poraucas* o flecheros de guerra y lanzar sobre la onda salada, al sonido del caracol caribe, hasta cien piraguas.

Por estas orillas, la que caía al mar un poco al oriente, fue que Anaida se encontró un tanto sobrecogida de terror con la venida de la noche; y como de luego a luego enderezó sus pasos buscando la senda de su cabaña, y se levantaba impetuoso el viento de la brisa, la india perdió el tino y ya no se supo qué hacer en medio de la oscuridad. Caminando a Dios y a la ventura, ora se paraba con la cara al mar, venteando como la gacela del desierto el golpe de las olas y los gritos de las aves acuáticas; ya trataba de descubrir por entre los espesos nubarrones alguna estrella que le sirviera de guía; a las veces, se sentaba a llorar en algún viejo tronco de palmera herida por el rayo; otras echaba a correr de improviso creyendo divisar, a la luz de algún relámpago, las sendas conocidas y los primeros *bohíos* de los alcores de la

tribu; pero siempre se encontraba perdida no lejos de la ribera.

Con el mucho andar sin fruto y el continuo pensamiento de su desgracia, Anaida se sintió cansada por demás, y a tientas pudo guarecerse en medio de unas palmeras que le cerraban el paso para seguir su camino; tan tupida estaba aquella selva. No bien allí, la luz repentina de un relámpago, seguido de un trueno espantoso, la hizo caer de rodillas. Anaida creyó distinguir, a la pálida lumbre de la ira de *Yarfá*¹ y al pie de una elevada ceiba, la figura alta y llena de garbo de Turupen, el *porauca* de las carnes rojas. Su primer movimiento fue de alegría, e iba a llamarlo, cuando se dijo para sí: no, no lo permita *Amariba*²; fuera mejor que me muriese de hambre en esta floresta o me despedazasen los *caraires*³, cuyos rugidos no tardarán en oirse.

Turupen había visto también a Anaida, y corriendo hacia ella le gritó entre confuso y lleno de gozo: Virgen de los zaparas, desde la puesta del sol te busco y me ha cogido la tempestad llamándote al largo de la ribera. Loado sea *Amariba* que te encuentro.

Anaida se puso de pie, y ligera como la corza de aquellos bosques, dio un salto atrás y así le contestó: Turupen, ni eres mi hermano ni mis padres al morir te encomendaron la huérfana; cuanto más que ya te he dicho, indio, que me aplace la soledad y que no me gustan testigos importunos.

—Di lo que quieras, Anaida, ya que siempre recibes mis palabras como picadas de cicindela; pero por esta vez, a tal hona, cuando la tempestad y la noche ponen en riesgo tu vida, te he de acompañar hasta la ranchería, mal que te pese y tenga Turupen que aguantar tus reproches.

—Sola vine, *porauca* de las carnes rojas; sola vine y quiero volverme sola.

—No lo podrás, avecilla descarriada: perdido has el camino, y ni los indios recaderos de Tamanaco atravesarán la selva según está cubierta de agua.

¹ Entre los goajiros es el diablo o mal Genio.

² Dios o el Genio bueno.

³ El tigre.

—Pero, ¿por qué me persigues, Turupen? ¿Para qué has venido a esta selva? Quieres ser me Genio amigo y no conseguirás sino mi aborrecimiento...

En aquel instante se alumbró la selva con una luz tan viva, que Anaida lanzó un grito de terror. Un trueno, de esos que sólo se oyen en América, y que se podría decir fermentan por gran tiempo en las nubes al sol de la zona tórrida, estremeció de luego a luego las mil palmeras de aquel sitio y quedó retumbando en el tupido ramaje, como el lejano rumor de las olas sobre una playa llena de peñascos. Arreció el viento, creció la lluvia y la oscuridad se hizo profunda.

—Ya lo ves —le dijo con triste voz Turupen—, la tempestad vuela en las alas de los espíritus nocturnos, y yo puedo, por mi fortuna, ser tu compañero para salvarte. La flor de las repulsas abre su cáliz al vientecillo de la noche y se entumece con la venida del sol. Déjame, pues, ayudarte ahora, y mañana, cuando pase cerca de tí, descorre la estera de tu cabaña y haz como si nunca me hubieras visto. Créeme, hija de Guairaratin, mucho te amo para dejarte sola.

—No me hables así, Turupen; yo no soy más que una pobre india, y tus palabras, en medio de este bosque, me hacen temblar más que la tempestad de Amariba.

Mientras tanto, Turupen, frotando dos leños secos de madera de cocobolo, sacaba fuego y lo acrecentaba con la hojarasca y chamizas que podía alcanzar sin moverse del lugar: su *tequiara* de plumas verdes flotaba al viento como las copas de las palmas; pero allí estaba inmoble, semejante a ellas, dominando las tempestades de su corazón. La llama de la hoguera rojiza, humeante y lanzando chispas en todas direcciones iluminó al cabo aquellos *arcabucos*, y un rumor sordo, como el atropello de fugitivos en la sombra, dejóse oír por el comedio del palmar. Aquel rumor nada tenía de humano, y mucho sí de extraño y desusado; parecía que una manada de *dantas* escarbaba gruñendo iracunda las hojas secas de que se hallaba tapizado el suelo. Turupen prestó atento cuidado a aquélla como palpitación misteriosa de la selva, y volviéndose a la Virgen, que también escuchaba entre asustada y pensativa, le dijo: Anaida, las fieras husmean su festín de carne en la espesura del bosque; de aquí a un instante se arrastrarán los *caraires* cerca de nosotros;

pero nada temas, ven, guarécete bajo de este ramaje de terebinto: no es tiempo de vacilar: yo encenderé el fuego del desierto a tu alrededor y velaré por tí hasta que salga la aurora.

Conmovida, la hija de Guairaratin le contestó, enjugándose una lágrima que asomaba a sus ojos: —siempre te he tratado con aspereza, Turupen, porque sólo me decías palabras apasionadas: perdóname, eres un valiente y yo te deberé esta noche la vida: haz cuenta, indio, que cerca de tí tienes a tu hermana: aquí estoy.

El salvaje la miró tristemente. Había en aquella mirada una expresión tal de amor y melancolía, que Anaida se puso pálida como la flor del algodnero. Acababa de comprender que el peligro era inminente y que Turupen no tenía ninguna esperanza en salvarla. Sólo Amariba es grande, murmuró, y sobre el tronco petrificado de una ceiba se sentó mirando con terrorosa curiosidad el penumbro de la selva. Mientnas tanto, Turupen ponía fogatas a corta distancia del lugar en que yacía aquella, contemplándola de paso y atento siempre al rumor que se oía en el comedio del palmar cuya oscuridad era tan espesa como un velo negro echado sobre el secreto de la muerte. De pronto, los ruidos se aquietan, las fieras recogen su voz, los sombríos *arcabucos* quedan en silencio; pero poco a poco se sienten pasos cautelosos: crujen las hojas secas y, no le queda duda a Turupen, algún animal se arrastra sutil en dirección de la lumbre. Es que las fieras han destacado su avanzada para reconocer al enemigo. Un *jaguar* barreteado de negro se hallaba a quince pasos cosido al suelo sobre sus patas traseras y aspirando con ávido placer el vaho de la carne humana. En la oscuridad daban luz sus pupilas como dos lamparillas pálidas, rojizas, encarnadas: de cuantos colores tiene un carbón encendido; sus lomos eran enjutos, su pecho ancho y musculoso, apoyado en el cual, estirado el pescuezo, tendida la cabeza y gachas las orejas, iba gateando lentamente barriendo delante de sí la tostada hojarasca y los secos cardizales de aquel sitio.

—No te muevas, hija de las selvas —murmuró Turupen, sin desviar su vista un punto de la torva alimaña—: el *caraire* parece resuelto, en tanto que no tiene sino hambre. No saltará tu candelada; pero vendrá hacia mí por el lado opuesto. Heo aquí. —Lo cual diciendo, po-

niase sobre los hombros una piel agria de puinke⁴: terciábase en el siniestro brazo su refajo de algodón silvestre: colocaba entre sus dientes un duro cuchillo de pedernal y, con la guaica⁵ baja en la diestra mano, iba dando el frente a la fiera que le venteaba con ardientes resoplidos. Miráronse entrambos a distancia de tres pasos, y tan inmóviles se quedaron expiándose sus movimientos, que más bien semejaban a una pintura muerta de esas que se ven reproducir en los tapices flamencos, que no a una escena viva, animada, en donde el instinto y la necesidad de una fiera ponían a prueba toda la serenidad y el valor de Turupen, el salvaje más valiente de la tribu de los zaparas. Y como seguían así, no llevando el indio al parecer camino de salir del paso, siendo éste tan penoso, según que el *caraire*, azotando la cola sobre los dos hijares, le tenía clavada la vista muy cólerica; Turupen fue el primero que, bien para animarse y recobrar su espíritu, o acaso para provocar a la fiera, que creo lo más cierto, dio un grito y amenazó con la *guaica* a su enemigo. Un rugido espantoso, que el eco repitió a la redonda del palmar, puso miedo hasta en los nidos de las avecitas del cielo: sentóse derecho la fiera como un perro enseñado a ello para divertir a su amo: azotó su cola con mucha movilidad, arrugó el ceño y, al limpiar su hocico con la babaza de la lengua que a la continua sacaba, se echó brusca e improvisamente otra vez en el suelo. Turupen soltó al instante la *guaica*, y tomando el arco que tenía a los pies, llevólo sobre el pecho rechinando de fuerte que era, y tendido como lo puso, lanzó una flecha que fue a clavarse con una vibración seca en la garganta del *caraire*. Ciega al hombre la cólera y lo pone trémulo; pero a las fieras del bosque centuplica las fuerzas y exacerba su condición dañina. Aquella pues, herida, aceptó el combate dejando oír el crujido de sus mandíbulas. Saltó sobre Turupen y éste la recibió enterrándole hasta el puño su cuchillo de pedernal. A la vislumbre de los fuegos que había encendido el indio, y que echaban chispas y humo, la escena que describimos era cuanto siniestra, extraordinaria y salvaje.

⁴ Puinke, báquira grande.

⁵ Guaica, asta o pedazo de palo.

En el circo antiguo se votaban los hombres a la muerte, es verdad, pero el valor del sacrificio era sostenido por el saludo de los emperadores, el aplauso de un pueblo frenético, la claridad del día y el entusiasmo ruidoso de aquella Roma que deificaba la gloria humana y le levantaba altares. Seguro estaba el gladiador que moría en la arena del anfiteatro de vivir gran tiempo en la memoria de los conquistadores del mundo. Pero en las selvas americanas se muere como se vive: solo, ignorado de los hombres: del desamparo del desierto se pasa a la soledad de la tumba. Turupen es el tipo de esos hijos de la naturaleza cuya existencia no es más que la cadena de los continuos peligros, salvados unos, desgraciados otros, ignorados del hombre civilizado todos. Mueren los indios al furor de las fieras bravías, y sólo alguna vez las tribus peregrinas saben el lugar de su heroísmo, porque en lo profundo de un palmar encuentran sus huesos blanqueados por las lluvias y los soles del desierto.

Decíamos, pues, que el indio de la tribu de Tamanaco luchaba al resplandor de algunas fogatas con un *caraire* poderoso. Anaida, el sueño de su corazón, estaba allí: era la única espectadora. La pobre virgen yacía trémula no lejos de Turupen y sus mejillas estaban tan pálidas como las alas de las mariposas del bosque. Hubo un momento en que el salvaje, por un esfuerzo extraordinario, rechazó a la fiera lejos de sí alzándola en peso; pero ésta se llevó en sus garras la piel del puiñke; con lo que, descubiertas las espaldas de aquél, no quiso esperar su segunda acometida a pie firme, porque debía desgarrarle las entrañas. Tuvo por mejor entonces esquivarle el cuerpo ágil, manejando con suma destreza la *guaica* de que se había apoderado nuevamente. Pero si bien el *caraire* se desangraba por las mortales heridas que acababa de hacerle, no por esto dejaba de acosarlo cayendo y levantándose, en tanto que Turupen iba y venía alrededor de una hoguera medio apagada por la respiración anhelosa de la bestia. Sedienta de sangre y agobiada con las agonías de la muerte, como Turupen se parase definitivamente para concluirla, fué a él rugiendo y arrastrándose hasta sus calcañares. Pero esta vez llegar y morir fue todo uno, porque al mandoble del guerrero quedó, después de una breve convulsión, sin vida, echada a sus pies. La aurora, que se venía a todo andar, entreabrió

las cortinas del cielo para alumbrar aquella escena de los primitivos tiempos... Así fue como Anaida derramó por un hombre su primera lágrima. El amor se vistió esta vez los arreos y las galas del agradecimiento.

II

Atravesemos ahora el espeso arbolado donde Turupen venció la fiera: cojamos al oriente, desviándonos un poco hacia el lado en que extiende sus brazos de estrellas el crucero de los trópicos. Estamos a medio sol de los zaparas en vuelta del lago. ¿Qué village es ese de chozas blancas cubiertas con hojas de *vija-hua*? Es la *ranchería* de los *aliles*⁶, enemigos de padres a hijos de la gente zapara.

Cuentan aquéllos, que queriendo la sutil *iboroco*⁷ tener una tribu tan astuta como ella, para que enseñase a robar a los pobres indios de los otros villajes, púsose a dar saltos cerca de los juncales del lago, en un remanso donde revoloteaban alegres las aves acuáticas. A los principios la *iboroco* maniobró en balde, porque los pájaros pescadores tenían hambre y sólo estaban atentos a devorar un cardume de pececillos que nadaban a flor de agua; pero así como iban satisfaciendo su apetito, se volvían a la *iboroco* para divertirse con sus contorsiones y brincos. Fuéronse arrimando todas, encantadas con los embelecos del animal, hasta que una garza morena, más curiosa o bien más confiada, se le llegó tan cerca cuanto era menester para que la embeliñadora del bosque, dando un salto, la atrapase e hiciera morir en presencia de las otras aves, que se alejaron espantadas. Entonces la *iboroco* desplumó cuidadosamente la presa de su industria, y dando tres gañidos con la boca pegada a la tierra soltó las plumas, que se convirtieron al ins-

⁶ Los aliles, zaparas, pocabuyes, toas, eran tribus que habitaban en las riberas del lago.

⁷ Iboroco-Zorra; así llamaban también algunas tribus al diablo.

tante en indios color de cobre, sutiles y astutos, como ella se lo había pedido a Yarfá, el mal espíritu de la noche. Del penacho de la garza, arrancado entero, salió el primero y más valiente *porauca* de todas las ranche-rías, que se llamó Alile y dio con el tiempo su nombre a la tribu.

Para el tiempo a que se refiere nuestro estudio, tenían los *aliles* el orgullo de las naciones que declinan, sacando siempre a cuento historias pasadas y recuerdos que sirven de mucho en tanto se tienen fuerzas para hacerlos valer, pero de nada, o cuanto más de compasión, ya que de presente sólo hay ruina, debilidad e impotencia. Con todo, *Pariaran*, su cacique, no había aún venido a tan poco, que en los palmares de la laguna no se le tuviera por arrojado y ducho en las artes que son menester para las guerras del desierto. En la última *guazábara*⁸ con los zaparas de la duna había cobrado buena fama, que trataba de conservar después de la paz haciendo regalos y dando fiestas a las tribus fronterizas.

Es medio día: una atmósfera pesada y sofocante retenía en sus chozas al común de la gente india: algunos guerreros fumaban silenciosos el calumel⁹ salvaje a la sombra de los cicales, otros se bañaban en los remansos del lago; la luz del sol, como un reguero de chispas en las hornazas de carbón, brillaba espléndida; ni soplabla el viento, ni se oía el apacible murmurio de las olas. El cielo semejava una gran bóveda de piedra azul recalentada al fuego de los cíclopes de la zona tórrida.

Sobre hamacas de plumas de gayos colores, colgadas en la extensa enramada de una choza que se retrataba en las ondas, dormían tres salvajes. La vejez de uno de ellos contrastaba con la juventud de los dos restantes. Los arcos, las flechas, el caracol y las pieles de *jaguar* echados como al descuido sobre esteras de enea amarilla, manifestaban su profesión: eran tres guerreros de la guardia del cacique *Pariaran*.

Enfrente del más joven se hallaba de pie una ma-trona alta, descarnada, ceñida de *ajorcas* y collares y

⁸ Guazábara, guerra entre los indios.

⁹ Calumel, utensilio para tomar tabaco: pipa.

cuya *chumbe*¹⁰ de algodón, blanquísima en extremo, pres-
taba cierto lustre de salud a su piel cobriza.

La vieja parecía como medrosa de estar allí, vacilando
entre despertar al guerrero indio o huir; hasta que por
último, tomando una resolución al improviso, adelantóse
diciendo a media voz: "guerrero, Aruao, despierta".

—¿Quién me llama? —dijo el indio incorporándose y
poniendo su diestra sobre el arco.

—Soy yo, Itota, la zapara, que viene a traerte nuevas
y te encuentra durmiendo, descuidado como la tortuga
sobre la arena caliente.

—Por la gran *iboroco*, abuela, que tienes razón; pero
a mí me sobra también para dormir, si consideras que
toda la noche hemos estado con Pariaran cazando pa-
lomas.

—¿Y cuántas encandilaste con tu llama?

—¿Yo? Ni una, abuela amiga; soy desgraciado siem-
pre en todas las cacerías menores. Mis flechas tienen
más fortuna; pero ¿no me has despertado para darme
alguna buena noticia? Dímelas pues, anciana, y toma en
premio de tus buenos oficios este hilo de conchas color
de aurora que dicen alarga la vida.

—Nunca te he servido por interés, hijo mío, si bien
recibo a veces tus dones para que me consideres ligada
a tu buena o mala fortuna; pero ahora, pobre gandul,
guarda tu collar y escucha lo que tengo que decirte. ¿Co-
noces a Turupen, el hijo de Chiracoa el tiurno?

—¡Vaya que si lo conozco, abuela! Es el *porauca* más
valiente y apuesto de los zaparas: juntos hemos atrave-
sado muchas veces las aguas del Coquivacoa y persegui-
do hasta los montes de Perijá las dantas monteses.

—Pues, Aruao, corzo dormido, ese tan valiente amigo
tuyo levanta hoy, en medio de los gritos de alegría de
los gandules zaparas, la choza del matrimonio.

—¿Para decirme eso haces un viaje desde la tribu ve-
cina y alejas el sueño de mis ojos?

—Sí, sí, para decirte eso, Aruao, porque la vieja Itota
piensa que en ello va la quietud de tu espíritu, sino es
ya la felicidad de tu vida.

—¿Qué dices, abuela! ¿Será posible? ¿Qué pensa-

¹⁰ Chumbe, refajo o manta para cubrirse.

miento! ¡Ah! ¡No puede ser! Háblame, háblame lo que oculta tu corazón; pero dime antes de todo (porque me has hecho temblar con una duda), ¿has visto a la bella Anaida?

—Anaida será la esposa de tu amigo Turupen...

Aruao lanzó un grito tan espantoso y repentino que la vieja Itota tambaleó como herida de un rayo y tuvo que arrimarse a la pared para no caer.

Los otros dos guerreros que dormían se despertaron bruscamente, y, juzgando que era el ataque de las *guazábaras* enemigas, pusieron mano a sus armas.

—Mira, Aniagua; escucha, Chaima —siguió gritando Aruao, como si tratase de arrojar alguna víbora que le destrozaba la garganta, dirigiéndose a los dos salvajes—, dice Itota que Anaida se casa con Turupen...

—¿Y qué tiene de extraño lo que dice Itota? —contestó Aniagua—, se amarán y eso será todo. ¿No son de la misma tribu? ¿No están entrambos en la edad de los amores?

—¡Cállate, indio anciano, o te mato con esta *guaica*! —le interrumpió dando un salto el celoso Aruao—. ¿No sabes que estás derramando fuego en mi corazón? ¿No sabes que yo amo a la virgen de la duna y que mientras ella viva es preciso que me trague la tierra para que pueda dormir sobre el pecho de otro guerrero?... ¡Yo me vengaré! ¡Yo me vengaré!...

Chaima era un indio cojo a quien llamaban el malo, porque siempre su primer consejo era atropellar por todo, sin tener en cuenta la desgracia, el desamparo, ni la orfandad. Célebre por su arrojo en las correrías salvajes, estaba al servicio de Pariaran, que para contenerlo necesitaba de toda su autoridad. Chaima, pues, debía simpatizar con la cólera y el ímpetu que en aquel momento animaban a Aruao, y así le dijo:

—Ahora sé que eres hombre, hijo de Tiuna, y ahora sabrás tú que cuanto te he dicho otras veces es verdad. Un día me confiaste, temblando, tu pasión por Anaida, y yo te aconsejé que se la robases al *caimán zapara*¹¹; hice más, te ofrecí mi ayuda; pero la desechaste. Desde

¹¹ Los zaparas se decían hijos de dos caimanes.

entonces te tuve lástima, porque creí no sirvieses ni para matar hormigas fuera de la pelea.

—Ya lo verás, Chaima —le dijo con acento concentrado Aruao—, si merezco tu compasión. Que la boca de *Yarfá* me ahogue si no...!

—Aruao —le interrumpió lentamente Aniaagua—, no des oído a las palabrnas de ese loco de Chaima, porque tendrás en tu contra la buena voluntad de *Amariba*: sositégate y encomienda el olvido de tu amor al *manitú*¹² con que sueñes la vez primera.

—Siempre el miedo, siempre el temor en estas viejas *carpas*¹³ aliles —dijo Chaima en tono sarcástico.

—Estas *viejas carpas* aliles llenas de miedo —contestó con severidad Anaigua—, han servido más de una vez pana derramar su sangre por la patria, a quien avergüenzas tú, mal indio.

Chaima se encogió de hombros, como despreciando a Anaigua; y con el mismo acento y sin mirarlo siquiera, tratando de ver el efecto que habian hecho las palabras del viejo en el celoso Aruao:

—Si te atienes —le dijo— al parecer del viejo Aniaagua, limpia la espuma rabiosa de tu boca y ponte a dar gemidos de dolor. ¡Cómo se reirá de tí allá en los zaparas la *chuchumeca* Anaída...!

Aruao hizo pedazos, maquinalmente, una flecha que tenía entre sus manos, y algunas gotas de sangre borbataron entre sus labios. Se había mordido de rabia la lengua hasta despedazársela: estaba pálido como el cobre amarillo.

—¡Y estoy vivo sin matarla!... —gritó como respondiendo a su secreto pensamiento, exacerbado por las palabras insidiosas de Chaima—. Después, abrazándose con éste sin poderse distinguir si aquel abrazo era de amigo o bien que intentase ahogarlo según lo apretaba y zarrandeaba, le dijo:

—¡Ahora yo no sé llorar, indio; pero por los huesos de Tiuna yo me vengaré, yo me vengaré!

¹² Manitú, llaman los indios a una especie de *fetiché* que adoran: Una piedrecita, un coral, una concha, un hidolillo pendiente al cuello o las muñecas, etc. He aquí a lo que se le da aquel nombre.

¹³ Carpa, conejo.

—¿Y de quién te vengarás, hijo mío? —acertó a preguntar la asustada Itota—. Tú lo sabes, jamás pudimos conseguir que Anaida escuchase tus palabras, ni siquiera las mías en que abogaba por tí. Y en cuanto a Turupen, ignora de todo punto tu pretensión. Tanto tiempo ha estado ausente de los zaparas que ni aun conocía a la bella Anaida. ¿De quién, pues, te vengarás, guerrero?

—¿Qué se me da a mi supiese o no Turupen mi pasión por la zapara? ¿No es él feliz? ¿No le ama ella? Yo me vengaré —continuó en el mismo grado de exaltación—; yo me vengaré de él, de ella, de Tamanaco, de la tribu, de todos, abuela, de todos los que vean con buenos ojos la fiesta de su felicidad...

Dijo, blandió la *macana*¹⁴ y, saliendo precipitadamente de la cabaña, murmuró; tengo flechas al hombro, y mi padre Tiuna me enseñó a despreciar la muerte...

—Aruao está loco —exclamó el viejo Aniagua.

—Está más que eso —replicó suspirando Itota—, está celoso...

El sonido del caracol que convocaba la guardia de Pariaran dejóse oír, y armados de flechas y arco se alejaron los tres poraucas.

Itota, como se vió sola, se dió a llorar sentándose en la hamaca de plumas donde un momento antes dormía Aruao.

—Bien me lo presumía —dijo después de un momento de silencio, hablando consigo misma—, bien me lo presumía. Aruao ama de veras a la virgen; su amor contenido gran tiempo por la inexperiencia de joven y las esperanzas que yo le daba se mantenía adormecido; pero hoy que nada espera el alile, hoy que los celos se han apoderado de su corazón, pienso que tenemos mucho que temer de su resolución... Veamos —añadió levantándose—, ¿hasta donde podrá ir con sus celos furiosos, Aruao?

—Bien claro lo dijo. Querrá matar a Turupen, a mi pobre hija Anaida... Por el caimán sagrado, que ahora me pesa haber oído los lamentos de Aruao, y enjugando sus lágrimas ofreciéndole una cosa que debí comprender era imposible: el amor de Anaida. ¿Que haré, pues?

¹⁴ Macana, asta o pedazo de palo; también se llama *guaica*.

¿Contarle el caso a Pariaran? El cacique no se curará de lo que le diga la vieja zapana, y antes pienso que se alegrará interiormente. ¿Me tornaré a mi tribu para alertar a Tamanaco, Turupen y Anaída? Eso sería lo mejor; pero me llamarán traidora, cuando no he sido sino débil... ¿Qué te harás, pobre vieja Itota...?

Y volviéndose en todas direcciones llena de angustia, se debatía al largo de la cabaña, como el náufrago que trata de asirse de un objeto donde cree encontrar su salvación... Después de un rato de silencio, exclamó: No hay otro medio; se lo diré todo al divino Guaitara y él me dará consejo...

Corrió a la orilla y, saltando en su frágil cayuco, se alejó bogando la vuelta de la tribu de los zaparas.

III

UN ANCIANO

Cantad las alegrías de los hijos del desierto, vírgenes de la tribu. Que se abra el corazón de los guerreros a la esperanza del amor, como las flores nocturnas a las brisas del mar y a los rayos del sol que aprieta la espiga y sazona el grano de los maizales.

UNA MATRONA

¿A dónde está la dichosa pareja orgullo de los zaparas? Hela allí, descansando como las aves peregrinas después de la tormenta. Cantad su dicha, vosotros los flecheros, que, niños aún, manejaís el arco para defender la choza del anciano y la tumba de nuestros mayores.

UN NIÑO

Anaída y Turupen se aman como dos palmeras amigas que la misma onda retrata. Aparejad el camino de su felicidad con los areitos y cantares de la fiesta del alba.

UN GUERRERO

La tribu del palmar dio un guerrero fuerte como el cabimo que se agarra a las entrañas de la tierra.

UNA VIRGEN

Dio una virgen como el arco de mil colores con que *Amariba* ciñe al cielo cuando sacude su cabellera para fertilizar la campiña.

CORO

Poraucas del desierto, matronas de los zaparas, vírgenes de negros ojos, cantad los amores de Anaida y Turupen nacidos en una noche de tormenta.

Así cantaba la tribu de los zaparas, cuyos padres, según el mito de esta tierra, fueron dos caimanes. Los guerreros se habían dado cita en una planicie rodeada de hicacos y palmas de corozo. Y así como iban llegando salían una por una de cierto bosquecillo inmediato las vírgenes indias. Al incorporarse al coro de los gaudules señalaban al bosque de donde venían, diciendo: "allí están."

—¿Tú los has visto? —preguntaba el anciano *hohobit*¹⁵, sentado sobre una piedra negra en el comedio del lugar.

—Sí, viejo *piache*¹⁶ —contestaba aquélla—: he pasado toda la noche espantando los insectos a la pareja del amor.

Con lo cual proseguía la fiesta repitiendo aquella canturía, cada y cuando el *hohobit* señalaba con un tirzo de plumas blancas quién debía empezar de nuevo la canción del desierto.

Esto pasaba a la luz del crepúsculo de la mañana, cuando el alba deja flotar como una estofa espléndida, antes de salir el sol, su regazo de nubes color de púrpura.

¹⁵ Hohobit, maestro de danza. Era siempre un viejo.

¹⁶ Piache, adivino y médico. Casi todos los viejos ejercen este oficio entre los goajiros.

A las veces callaban todos de improviso para prestar oídos al atalaya que iba anunciando la ascensión del astro rey, divinidad universal de los pueblos que han dado el primer paso a la civilización. En verdad que aquí no se le prestaba adoración como en el Perú, pero su salida era la señal de ciertas ceremonias y ritos que marcaban ora las fiestas de los desposados, ya la batida de los caimanes, y siempre el momento en que las vírgenes salían con sus canastillos de enea verde a mariscar por las orillas del golfo. Una *penda*¹⁷ elevadísima de flores amarillas y robustos brazos servía de alminar al muezin del desierto: allí, puesto de pie en lo más elevado de su copa, no apartaba los ojos del punto luminoso por donde debía aparecer el sol entreabriendo, según la expresión antigua, las puertas del Oriente. Sale por fin éste y toda la tribu prorrumpe en gritos desacordes; resuena el tambor de piel curtida de *jaguar* y al choque compasado de los platillos de barro se dejan oír los sonidos del caracol salvaje.

“Paso a la pareja del amor”, exclama una columna de gandules que salen en aquel momento del bosque contiguo; e inmediatamente aparecen Anaida y Turupen tomados de la mano y alegres como la sonrisa de la mañana. El gozo estaba pintado en todos los semblantes, la alegría rebozaba en todos los corazones. Aquella fiesta primitiva no la empañaba la más ligera sombra. Todo era luz, ruidos, contento, esperanza y amor...

Sobre un *topal*¹⁸ de madera colorada de cedro, recubierto con hojas de *niquibao*¹⁹, se sentaron los felices desposados. Un bosquecillo de hicacos les prestaba sombra.

—¿Con qué te divertiremos, dichosa pareja? —preguntó en alta voz el *hohobit* que presidía la fiesta, y Turupen respondió—: “Soy guerrero, y el día de mi felicidad quiero tener presente los triunfos y las desgracias de la tribu.”

—Turupen quiere —gritó el anciano a la multitud— el paso de los cazadores y la guerra de los caribes. ¡Seguid, seguid!

¹⁷ Penda, árbol corpulento de la familia de las ceibas.

¹⁸ Topal: asiento de madera, sin respaldo, banco.

¹⁹ Niquibao: planta de hojas olorosas.

Pero la multitud no se movía.

—¿Con qué te divertiremos, dichosa pareja? —volvió a preguntar el viejo—. “Soy virgen, respondió Anaida, y el día de mi felicidad quiero ver las alegrías del desierto.”

—Anaida, volvió a gritar aquél, quiere la danza del amor en los días en que verdean las primeras mazorcas consagradas a *Amariba*.

Agitó el tirzo el viejo *piache* y, como una bandada de pajarillos de mil colores levanta el vuelo y se desparrama en todas direcciones al tiro de la escopeta del cazador, así los gandules y vírgenes zaparas que allí se encontraban formados en rueda, se sueltan y repliegan, van y vienen formando ora el curso de un río, ya las complicadas figuras de un laberinto. A los principios, desacorde y llena de confusión parecía por demás la tal escena; pero poco a poco se fueron aislando en grupos ciertos bailadores, y como la armonía de los instrumentos salvajes iba marcando mejor los compases, bien pronto la danza se hizo seria, grave, melancólica. Allí estaba consignada la historia guerrera de aquel pueblo: el único recuerdo de su pasado. Esa memoria cantada, traducida en gestos y que la sensibilidad de los hijos de la naturaleza sabe expresar tan bien, no es más que las incursiones caribes, sus guerras sangrientas, sus victorias y alguna vez sus derrotas. Cada figura es un acontecimiento, cada ademán un hecho, cada sonido un grito de guerra; así que, atentos todos a aquella tradición de odio y de vengaza, la alegría se hace silenciosa y contemplativa. Muchas veces, cuando el *hohobit* da el último grito y quedan en el cuadro final tomados de las manos los niños, mientras cada pareja aparece en una actitud especial, como representando la escena de desesperación en que los caribes victoriosos incendian sus cabañas y se llevan esclavos hasta los recién nacidos, los viejos prorrumpen en ayes lastimeros, las matronas aprietan llorando a sus chicuelos sobre sus pechos, los guerreros que no han tomado parte en la danza calan coléricos sus flechas, callan los instrumentos músicos, y todos revelan en sus semblantes la emoción profunda de los tristes recuerdos, que se hace más solemne por la soledad del sitio, el silencio de los bosques y el aspecto imponente, selvático y agreste de la naturaleza americana. En esto los salvajes nos llevan muchas ventajas. Nuestras historias están siempre llenas de anécdotas y cuen-

tos ridículos que desdicen mucho de la verdad de los hechos consumados, traídos a la memoria de los hombres para servir de lección eterna en sus errores presentes. La historia de los salvajes es sencilla, ciertamente, pero real, verdadera; nada hay en ella de accesorio ni fútil. El nacimiento por la orfandad, la vida por la gloria y la muerte por la ignominia o el heroísmo. He aquí la trinidad en que gira siempre toda la historia de los hijos del desierto.

¿Qué hacían en tanto Anaida y Turupen? Llenos de su felicidad, el cielo y la tierra les sonreía. Aquellas danzas vistas y repetidas tantas veces en medio del desierto, tenía entonces para entrambos un encanto tan inexplicable como la misma realidad de su dicha en que se hallaban embebecidos. Ensoberbece la gloria, quebranta la desgracia, sólo el amor hace respirar nuestro corazón en la plenitud de la vida. Anaida y Turupen, llenos de pasión, gozaban de esa vida sin límites sentados uno al lado del otro.

—¿Ves esas danzas, hija de Guairaratin? —le decía el guerrero—, ¿escuchas cómo repiten nuestros parientes y amigos, la tribu toda, los nombres de Anaida y Turupen? Pues es tanto más placentero para mí todo esto, cuanto que jamás llegué a imaginarlo. Yo te vi al volver de la incursión sangrienta y desgraciada de los guaranaos en que debí morir peleando como Chaima, el de los largos brazos, o perecer ahogado como el viejo Paipa. Llevaba entonces en mi corazón la rabia de la vida, como serpiente medio aplastada que se vuelve a morder a quien la mata; deseaba morir, pero morir peleando para refrescar con sangre enemiga el dolor de la derrota de nuestros valientes. Sólo necesitaba cien *poraucas* decididos que arrostrasen en la oscuridad de la noche la muerte por la venganza: pedíselos a Tamanaco, ofreciéndole sacrificar sobre los huesos insepultos de los zaparas, cien guaranaos cuyas cabelleras debían atestiguar nuestro valor; pero el cacique se negó a entregarme esta fuerza, diciéndome que ya estaba en tratos de paz y que nuestros enemigos ofrecían pagar la sangre derramada. Entonces, con la rabia que me poseía, impotente para pelear y teniendo presente dondequiera que caminaba la derrota que acabábamos de tener en tierra extraña, andaba falto

de espíritu, como poseído de los malos genios, y cavilando siniestros pensamientos.

—Pobre guerrero, amigo, esposo mío. Nada sabía de tí, ni siquiera te conocía. Cuando llegaron las nuevas de la malograda empresa, acababa de perder a la madre de mi corazón, a la buena de Naguala, que me llevó en su vientre llorando nueve lunas, porque los *piaches* le decían que yo iba a ser muy desgraciada.

—Los *piaches* mienten también, corza mía, cuando los aconseja algún mal genio enemigo. Mira cuán felices somos; pero déjame que te cuente los días de mis lágrimas que fueron también el principio de la dicha que hoy derrama sobre nosotros *Amariba*.

—Sí, sí, dímelo todo, para que pueda pagarte en amor lo que has sufrido mientras Anaida era una simplecilla que recogía telinas y corales cantando por la orilla del mar.

—Vivía, pues, con mi dolor y mi vergüenza, cuando una tarde, a las puestas del sol, me encontré a la vera del camino de los uveros con la vieja Itota, que así como me vio venir se puso un dedo en la boca en ademán de imponerme silencio. Mirela con extrañeza, porque ni estaba para adivinar pensamientos, ni yo con mi tristeza era capaz de hablar palabra. “Llégate quedo, —me dijo la anciana a media voz—, si quieres que el manitú de la compasión refresque tu alma. Anaida, la de los bellos ojos, está en medio de ese palmar, con las pláticas de los muertos, porque recoge ahora de la mimbrera suspendida al aire los huesos de su último hermano, para enterrarlos en la tumba de Naguala, su madre, que acaba de despedirse del mundo.” Sin prestar atención oí a la vieja matrona y seguí caminando adentro de la floresta, absorto en mi pensamiento.

—¡Ay! sí, Turupen, yo espantaba en aquel momento, del canastillo de la muerte, donde yacían las reliquias de mi menor hermano Panuco, los insectos que zumbaban a su alrededor. ¡Pobre hermano! ¡Pobre madre!

—Fue entonces, amor mío, que te vi por la primera vez. Tú llorabas, Anaida, envolviendo en tanto con el regazo de tu *anaco* aquellas reliquias blanqueadas por la lluvia y el sol. Lo que pasó por mí, luego, nunca me lo han podido explicar ancianos ni adivinos. Al fuego de mi corazón olvidé la desgracia común de la tribu y los

varios pensamientos que por tristes me amedrentaban día y noche. Me aproximé a tí evitando hacer ruido sobre las hojas secas: iba cauteloso y trémulo, como si llevara en mi mano el hacha homicida para herir a un enemigo indefenso. Gran tiempo hacía que te contemplaba, llorando en silencio contigo, cuando tú acertaste a verme...

—Bien me acuerdo, amigo mío; parejas corrieron en aquel momento mi espanto y mi vergüenza con la tristeza que me desgarraba el alma: tú me habías sorprendido llorando en los misterios del sepulcro y tu presencia allí la tuve por una profanación de mi dolor: di un grito, te llamé indio malo, y eché a correr con mi sagrado depósito a lo más intrincado del palmar.

—Cuando desapareciste en lo tupido del bosque, quedeme como enclavado a la tierra, sin fuerzas para seguirte ni voz para llamarte; y gran rato seguí así creyendo que meditaba en el partido que debía tomar para ver de conseguir decirte a solas que te amaba... Tú sabes, bella Anaida, lo que ha pasado después: yo te buscaba por todas partes, tú me huías dondequiera, y mi vida se consumía entre el deseo de morir y la esperanza de ser amado. ¡Cuántas veces me cogió la noche sólo, sentado a la orilla del mar, llorando tu repulsa y la pasión que me consumía! Pero al fin Amariba oyó propicio mi ruego, por lo que envió sobre el cielo aquella noche de tempestad, y te puso una venda sobre los ojos para que torcieras el camino, y dirigió mis pasos hasta encontrarte, y me llenó de vigor, de fuerzas para lidiar con el caraire, y me dio vida, amor mío, me dio vida para ser feliz y oír de tus labios que me amas...

Sonrió Anaida dulcemente oyendo palabras tan apasionadas; echole un brazo al cuello, y mirando con una atención infantil a los ojos del guerrero, como si le convidase a interpretar los latidos de su corazón, murmuró con una voz más embelesadora que el ruido del arroyuelo: "Dicen que la felicidad hace llorar lo mismo que la desgracia; pero dichosa como soy ahora, es lo cierto, Turupen mío, que yo quiero estar alegre el día de mi boda. Harto tiempo te he hecho sufrir: bastante ha llorado la huérfana. Seamos felices hoy que no sabemos mañana lo que quiera de nosotros Amariba".

—Quiere—exclamó llegando el vidente Guaitara— que

Turupen se haga digno de tí por una victoria superior a la muerte de una fiera.

—¿Quién, yo? Expílicate, anciano —le dijo Turupen poniéndose de pie.

—Hijo de Chiracoa el tiurno, flechero entre los flecheros, mira a los *poraucas*, quedado se han como los troncos medio quemados agarrados a la tierra, calan sus flechas: mira a las vírgenes, de alegres se han tornado en tristes y pensativas, lloran: mira a los niños, son los únicos que entonan ya los cantares con que te saludamos: es que confían en tu valor.

—Y bien, anciano Guaitara, ¿qué pretenden en el día de mi felicidad los guerreros amenazando con sus flechas, las vírgenes que se han tornado de alegres en tristes, los niños que danzan? ¿Qué se quiere de mí? Dilo pronto, que harto me conoces para saber que a todo estoy dispuesto.

—Turupen, hijo mío, que tal me dan derecho a llamarte mis años, el feroz Aruao, de la tribu de los aliles, ha clavado su flecha de desafío en una palmera abrasada por el último incendio. Arbaco, que fue quien la encontró, no ha querido arrancarla ni traerla a los zaparas porque la *guasca*²⁰ está llena de hojas verdes apretadas con el nudo de los amores y la flecha cubierta de espinas.

—¿Eso dice Aruao, eso quiere?

—Con tal de que no goces de tu dicha, y tal vez lleno de celos por los amores de la virgen de los bellos ojos, quiere matarte o que le mates.

—Anciano, llama al *hohobit*.

—Aquí estoy, guerrero; he mandado suspender la fiesta del alba para que el *manitú* del silencio te de consejo.

—Turupen, amado mío —le dijo Ananda, reclinándose llorosa sobre su hombro—, piensa bien lo que tienes que responder al enemigo. Mira que Aruao no es feliz y por eso está sediento de sangre.

—Yo he dado muerte a muchas fieras montaraces, Ananda, y en el campo enemigo dicen que mi *guaica* quebranta los huesos. Con que así nada temas, hija de Guairaratin. Buen *hohobit*, padre del desierto, ve y dile a Tamamaco que haga recoger la juventud zapara a las sae-

²⁰ *guasca*-pita.

tías de los sepulcros. Mañeros y traidores son los aliles, y si bien el desafío a muerte es sólo conmigo, es posible que quieran probar fortuna con el valor de Aruao para de luego a luego caernos encima.

—¿Es decir, que me dejas sola, Turupen? ¿Que corres a morir bajo el hacha de ese indio feroz en el mismo instante en que me decías al oído los secretos de tu corazón? Tente, tente guerrero mío, Anaída te lo ruega porque te ama y está llena de tristes presentimientos. ¡Ay de mí, infeliz! Naguala, madre de mi alma, cierra el paso con tu sombra al compañero de tu pobre hija...

Turupen se puso pálido, al ver aquella como locura de Anaída. La oía hablar por primera vez resuelta y decididamente. La india le echaba los brazos al cuello y su respiración ardiente, pura y apasionada, le hacía desfallecer. En la contienda del amor y el deber, iban a salir victoriosas las lágrimas, cuando la tropa de niños que se retiraba danzando dejó oír con el murmullo del viento uno de los versos del himno de la fiesta.

“La tribu del palmar dió un guerrero fuerte como el cabimo que se agarra a las entrañas de la tierra”.

—Escucha, amor mío; los niños confían en mi valor y yo no puedo, sin hacer estremecer en su *cárcaba* los huesos de mis mayores, rehusar el combate que me propone Aruao. Bien sabe Amariba que me abrasan el corazón tus lágrimas... pero no, la hija de Guainaratin el bravo, no querrá mañana dormir en los brazos de un co-barde. ¿Cómo te podría defender? Burla y risa sería Turupen hasta de los simples, si tal sucediera, en tanto que Aruao lanzase al aire sus flechas llamándome. Buen Guaitara, cuida de mi esposa. Anaída, hija de Naguala, déjame estrecharte contra mi corazón. Anciano *hohobit*, corre a la lengua del agua, camino de la tribu enemiga, y lanza los tres gritos de guerra. Yo arrancaré la flecha del desafío y la haré pedazos sobre la frente de Aruao.

Anaída, llorando, se cubrió el rostro con la crencha negra de sus cabellos americanos. De los brazos del guerrero cayó en los de Guaitara: no lanzó ni un grito, ni un suspiro...

Turupen, pálido de emoción, se internó a largos pasos en lo profundo del palmar.

Luego, el atalaya de la penda de flores amarillas bajó

a las volandas para contar a los piaches que el sol se había metido por dos veces bajo una nube color de sangre.

Los adivinos dijeron que el cielo estaría mudo por dos auroras.

IV

Es preciso volver atrás, ya que así lo exige la claridad de lo que vamos relatando. Sencilla y corta es nuestra historia, por lo que no tememos se nos eche en cara querer desandar alguna vez el camino para colocarnos en el mismo punto dejado momentos antes, acaso seducidos por bellos y nuevos paisajes. ¡Es tan hermosa la naturaleza americana! Con que así, contemos lo que le sucedió a Itota, la vieja zapara.

Dijimos que había saltado a su pequeña nao enderezando el rumbo a la tribu del cacique Tamanaco.

Bogaba la india sin perder de vista los cocales de la ribera, cuando se oscureció el cielo y se levantó la brisa tan recia que le fué necesario tomar puerto en los últimos alcóres de los aliles. Allí aguardó hasta por la tarde, que, serenado el tiempo, siguió su camino. Al salir la luna ella estaba aún a media travesía. Apresuró la boga; y ya divisaba los ranchos zaparas cuando distinguió, pegado a tierra y como queriendo navegar sin ser visto ni sentido, un cayuco donde iba un ágil indio de penacho blanco. Esas plumas, se dijo Itota, no pueden ser sino de Aruao, ¿pero cómo es posible que con la tempestad del día haya venido a los zaparas? ¿Y a qué?, se añadió. Con todo, veamos si es él, porque mi viejo *manitú* salta asustado sobre el pecho. “¡Aruao! —gritó—, *carpa* marina, ya te veo: Itota, tu amiga, te llama”.

El indio se quitó la tequiara creyendo que por ella podía ser conocido, y encorvándose sobre el *pagallo* con mayor fuerza, hizo volar su cayuco, que desapareció bien pronto.

—Ahora puedo asegurar que es él, por más que no me haya contestado, y mucho temo una desgracia. Boguemos para ver lo que pasa en el bohío de Anaida —dijo Itota—, y tomó tierra.

Amarró su cayuco y ligera, más de lo que debiera es-

perarse de sus años, se encaminó a la mansión de Guaitara.

Encontrólo en la puerta, tejiendo a la claridad de la luna un chinchorro de *cocuiza*.

Itota se sentó con triste ademán, sin hablar palabra, sobre la piedra del dintel que pisaba la estera.

—Madre abuela —le dijo Guaitara sin mirarla—, ¿de dónde vienes ahora?

—De los aliles, padre adivino. Salí antes de la tempestad, que me cogió pegada a tierra, por lo que me fue preciso demorarme hasta que se echó el viento y serenó el cielo.

—¿Y qué dice de bueno el astuto vecino? ¿Aguza sus flechas a la callada para una nueva *guazábara*, o quiere guardar la paz jurada en la piedra del sacrificio?

—Los aliles, buen Guaitara, son tan mañeros y reservados que ninguna razón podré dar a lo que me preguntas, por más que mantenga con ellos tráfico desde que son nuestros amigos; pero si me quieres oír mientras *anudas el maguey*, te diré alguna otra cosa que quiero sepas, para armarme de tus razones y hacer lo que me aconsejes en la zozobra que me acosa.

Guaitara se volvió entonces para mirarla y se encontró con la mirada de Itota un tanto indagadora, como tratando de saber el efecto de sus palabras.

—La voz de tu corazón, Itota, te acusa de un mal paso —y así diciendo, entró en la cabaña y volvió a poco con su *calumel* encendido. Se puso de nuevo a tejer lentamente y, con la espalda vuelta a la india, le dijo—: habla, te escucho.

Itota empezó de esta manera:

—Ya sabes, anciano, que recibí en mi cabaña a los dos huérfanos, Anaida y Panuco, cuyos padres acababan de morir. Yo había sido muy amiga de Naguala, su madre, y mi familia tuvo parentesco, aunque muy lejano, con la extinguida de Guairaratín, padre de aquéllos; con que así me consideré ligada a los dos desgraciados con la doble cadena del mandato de los piaches y los sentimientos de mi corazón. Pero *Amariba* no permitió que compartiese mis cuidados con entrambas criaturas, porque a poco murió Panuco emponzoñado por una víbora que le picó cuando dormía, el pobrecillo, sobre los brazos de su hermana mayor. Anaida había llorado hasta en-

tonces la pérdida de sus padres; mas con la nueva desgracia creí se iba a volver loca, por lo que me consagré toda entera a consolar a la linda cuanto infeliz huérfana; pero todo en balde, buen anciano: la tristeza de Anaida era profunda, y sólo la distraía andarse sola por la orilla del mar, o lo intrincado de los palmeros llorando pesarosa, y diciendo por lo bajo que también debía morir. Ella misma colgó en el bosque sobre una rama tembladora de *cañafístula* el cadáver de su hermanito, y cuando llegó el día de sacudir sus restos blanqueados por la lluvia y el sol, y guardarlos en la canasta de los sepulcros, ella fué quien se apresuró a colocarlos haciéndole las últimas plegarias. ¡Pobre Anaida, sólo ha visto la naturaleza por el lado del dolor...!

Itota se llevó el vuelo de su vistoso anaco a los ojos y se enjugó una lágrima.

Guaitara, entre conmovido y severo, le dijo: "Prosigue, madre abuela, que eso no es todo lo que quieres decirme".

—Tienes razón, padre adivino —contestó la compasiva Itota—, no sin verdad dice toda la tribu que el cielo te revela los secretos.

Itota prosiguió:

—Así vivió Anaida mucho tiempo con su melancolía, cuando al publicarse la última batida de los caimanes en la luna de los pescadores, conseguí, después de muchas instancias, que me acompañase siquiera al *chaco*²¹ que se iba a formar en la pequeña laguna. Sucedió allí por caso, que atravesando ella las aguas para retirarse a un *bohío* del vecino manglar, zozobró su cayuco al soplo de una ventolina imprevista. Sin duda alguna allí hubiera perecido Anaida a no haber llegado muy a tiempo el alile Aruao que conducía la *balsa* para el *chaco*. Desde aquel día, anciano Guaitara, formé el proyecto de unir a mi hija adoptiva con el valiente gandul, que si bien era de una tribu hasta entonces nuestra enemiga implacable, ya se daba por muy amiga; observando religiosamente los *collares de paz*²² dados y cambiados en la

²¹ *Chaco*: el cerco de palos formados en la batida de los caimanes para cojerlos.

²² *Collares de paz*: prendas recíprocas que se dan los indios para conservar aquélla después de sus guerras. Las hay de hilos, de caracoles, sartas de coral, etc., etc.

piedra del juramento. ¿Te parece que hice mal, buen Guaitara? Yo procedía tan sólo llevada de mi amor a la huérfana; lo sabe Amarika, que lee en el corazón de los salvajes.

—Lo porvenir, Itota, oculto está en el cielo: el hijo del desierto, mientras procede como tú me cuentas, con buen deseo, no tiene por qué llorar. Si alguna culpa pesa sobre tí, involuntaria es, y sólo por falta de reflexión. Los aliles han sido nuestros enemigos, y la paz de que ahora gozamos, como hay viejos odios entre las dos parcialidades de aliles y zaparas, se romperá tarde o temprano. Esto has debido tener presente.

—Ciertamente, gran piache; pero aún he debido tener en cuenta, más que eso, el carácter iracundo y violento de Aruao: mas yo, incauta, lo ignoraba; hasta hoy que esto me ha hecho temer alguna tropelia, poseído, según le he visto, por la cólera de los celos.

—¿Y qué le has visto al guerrero alile? ¿Por qué temes?

—Yo me trasladé a la tribu con la aurora, pues reuelto por los piaches el matrimonio de Turupen y Anaida, y consentido ésta, no sin alguna admiración mía, según era antes de opuesta, no me quedaba nada por hacer a favor de Aruao. ¡Bastante me había interesado por él! ¡Bastantes reproches había sufrido de Anaida, que nunca consintió darme ni una vislumbre de esperanza a favor del alile! ¿Cómo piensas, buen Guaitara, que recibió la noticia del matrimonio de aquella? ¡Ah, por mis canas que todavía tiemblo! A los principios ni aun acertó a creerla; pero pronto rugió semejante a la fiera que se lanza a despedazar al flechero que la persigue: su grito de desesperación fué espantoso, y juró, echando espuma de cólera, vengarse de Anaida, de Turupen, de Tamanaco, de toda nuestra tribu... He aquí, pues, lo que debo decirte para que me aconsejes. ¿Me iré donde está Tamanaco y lo pondré sobre aviso? ¿Alertaré a Turupen? ¿Le diré a la huérfana que trate de precaverse de alguna sorpresa, saliendo siempre acompañada de las matronas zaparas? Yo quiero oírte, anciano: porque sin ser culpable, mi corazón está lleno de zozobra y me dice que debo tomar alguna resolución.

Guaitara dejó su trabajo, aspiró con lentitud algunas

bocanadas de humo de su *calumel* lleno de fragante *sairi*²³ y encarándose mesurado con Itota, le dijo:

—Si se tratara de otra que no fuera una matrona como tú, que cuenta más de veinte tumbas, cuya familia ha dado dos caciques a la tribu y muchos *piaches y mojanés al adoratorio de Yarfé*, mis primeras palabras, después de lo que acabo de oír, serían “anda, cuéntalo todo a Tamanaco para que sepa a qué debe atenerse”; pero semejante confesión en tu boca, madre abuela, sería tanto más escandalosa cuanto menos sospecha nadie tu debilidad o falta de previsión. ¿Qué diría de tí la junta, que creyendo ver en Itota el modelo de las matronas, te confió el precioso depósito de los huérfanos de Guairaratín? ¡Una madre adoptiva, Itota la matrona venerable, aconsejando a su hija el amor que ella rechazaba, de Aruao, hasta ayer no más nuestro enemigo a muerte! El mismo Tamanaco, tu pariente, ¿piensas que dejaría de escandalizarse? ¡A qué dura prueba lo pondría tu secreto descubierto! O tendría por fuerza que desaprobarte en público tu conducta, sino es ya que te sometiese al juicio de los *mojanés*, o te escudaría con su poder y prestigio atenuando tu falta. En el primer caso eras perdida, Itota; en el segundo lo era Tamanaco; no, no, guarda tu culpa en el corazón que allí es donde puede estar bien. Por otra parte, tú te exajerabas los resultados, las consecuencias del furor de Aruao. ¿Qué puede hacer este guerrero? Por más que quiera ofendernos será impotente para ello estando sólo con su furor, sus celos y su injusticia. Aruao se calmará pronto como a menudo sucede en semejantes casos, y tú quedarás libre de la vergüenza que sería consiguiente a tu confesión. Esto te digo, anciana, porque me pides consejo: esto pienso.

—¿Y si yo te asegurase, sabio Guaitara, que no ha mucho, en la obscuridad, he creído ver sobre las aguas al indio Aruao, de vuelta de los *zapas* adonde ha venido en medio de la tempestad del día? Su diligencia, cuando ni aun se podía imaginar, por el peligro que corrieron las piraguas, ¿no tendrá algún mal fin? ¿No envolverá alguna asechanza?

—Todo es posible, Itota, pero no basta la voluntad de

²³ *Sairi*: el tabaco.

los salvajes para hacer mal; ¡qué digo! Ni aun el poder de *Yarfá*, si vela el *grande Espíritu* del lado de la justicia e inocencia. Sosiégate, pues, y ve a reunirse con las matronas que velan al lado de Anaida sus postreras horas de virgen. Yo espero a Turupen con los *piaches* para dirigirnos al bosque antes de amanecer.

—Seguiré tu consejo —contestó Itota—, que tú eres sabio y yo no soy más que una anciana llena de confusión.

El racimo de mayas, como llaman los salvajes a las pléyadas para graduar el tiempo nocturno, había corrido la mitad del cielo, cuando se separaron los dos ancianos. Eran las primeras horas de la madrugada.

Todo el villaje zapara yacía en silencio.

V

El sol le daba su adiós a la naturaleza americana, y las vírgenes indias decían la oración vespertina. El cielo, reteñido de púrpura con la luz crepuscular, semejaba una floresta incendiada, cuyas lenguas de fuego al soplar del viento comunican la llama en todas direcciones. Sobre el fondo azul del firmamento se iba extendiendo una maya fantástica, color carmesí, de hilos espléndidos. Algunas nubes grises remolineaban al sur como las plumas que sueltan las aves en el espacio: otras quedaban inmóviles en el punto del Occidente en que brillaban los últimos destellos del sol, y así como se ocultaba éste, mentían ora fantasmas con fimbrias de oro, ya caprichosas creaciones medio veladas por una gasa luminosa. En el mar, silencio y como temblor repentino de las aguas; en los bosques, leves ruidos y como quejumbres de terral que ensaya sus ecos en lo tupido del ramaje; en la tierra, a la redonda de la tribu, los objetos perdían esa especie de vida que les da la luz; la noche poco a poco envolvía el mundo y le daba su vaguedad melancólica y sus sombras misteriosas. Era la hora en que aparece el lucero de la tarde pestañeando como los ojos de un niño, porque aún brilla la cabellera del astro

rey, en tanto que la noche se asoma por los palacios de Oriente sacudiendo sus alas negras.

En el palmar se agrupaban, por orden del cacique, mil guerreros.

En las aspilleras de los sepulcros había mucha gente flechera de esas que imponen terror al enemigo lanzando como los Titanes enormes peñas.

Ardía con los fuegos del sacrificio el interior del adoratorio de Yarfá, el espíritu malo de los salvajes. Aún palpitaban sobre un tronco de ceiba petrificado los miembros de un enorme *cunaguaro*; la víctima había muerto con extrañas convulsiones, dejando una charca de sangre. *Mojanes* y *piaches* metían allí sus manos para adivinar el agüero. Tamanaco presidía aquel como conventrículo de la superstición y la ignorancia, de pie, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho bronceado, semejante a una estatua de piedra.

En esto se presentó cabe el dintel del adoratorio el *hohobit*. "He llegado", dijo sin moverse del lugar. A lo que contestó impasible Tamanaco: "Siéntate, eres *piache*". Sobre un *topal* negro de *albarico* tomó asiento en silencio. El *mojan* empapó luego su diestra en la sangre de la víctima, y llevándola a la altura de la nariz, musitó algunas palabras que la turba de ancianos debió oír, porque contestaron a una inclinando las cabezas: "es verdad, es verdad". Por lo demás, añadió aquél levantando la voz, a mi regreso he tomado la vuelta de los *caimitos*, para ver si Turupen andaba en monterías hasta la luz del nuevo sol, o bien se había echado como *tapir* cansado en el sitio donde debe aparecer su presa.

—¿Luego has visto a Turupen? —le preguntó el cacique—, ¿qué hace?

—En el mismo lugar hasta donde llegó Aruao labra doce flechas que llevarán el nombre de doce animales temibles. La *culebra*, el *gavilán* y así las otras. Cuando lo vi quise hablarle, pero él me volvió el rostro diciendo: "No te acerques, anciano. Lleva la respuesta de los tres gritos de guerra a Tamanaco; añádele que me has visto vigilante; que no he arrancado la flecha de Aruao porque lo espero para hacerla pedazos en su frente. Cuida de Anaida". Entonces templó el arco lanzando la flecha *culebra* al aire, que salió silbando alegre hasta caer a poco derecha a los pies de Turupen.

—Temible es Aruao, y más que temible, lleno de fortuna, pues que nunca ha sido vencido —dijo a media voz Tamanaco—; pero por esta vez, aunque no está muy claro el agüero del cunaguaro y el cielo se mantiene neutral por dos auroras, el hijo de los caimanes abatirá la soberbia del zorro o morirán ambos.

—Y ahora —prosiguió el viejo *hohobit*—, los aliles contestan que están de paz, que nada tienen que hacer con Tamanaco ni con los zaparas. El corazón de Aruao, dicen que llora sangre, muerto de pasión por nuestra hija Anaida. El alile, poseído de *Ioloquiamo*²⁴, anda por *arcabucos* y boscajes como *bisonte* herido en la lengua, dando gritos, queriendo matar o que le maten: tiene el mal del amor sin esperanza...

—Es verdad, es verdad —atestiguó el triste Guanipa—. En la luna de los maizales, cuando vigilábamos el gran caimán que se había llevado dos niños, Anaida quiso atravesar la pequeña laguna, tal vez para huir de la batida que se preparaba; pero el viento que se levantó de improviso hizo zozobrar su cayuco, y hubiera perecido sino acertara a pasar Aruao que conducía la balsa para fabricar el chaco. Como estábamos de paz, el hijo del zorro creyó entonces que Anaida era la compañera que le destinaba Amariba.

—También lo estamos hoy —reflexionó Guaitara—; pero el amor de las vírgenes no se manda, no se conquista; se inspira. A más, ¿cuándo se ha visto que la tórtola enmaride con el gavilán, ni la flor del palmar zapara con el espino alile de su montaña? Si Turupen ha sido más afortunado, gracias sean dadas a *Cachimana*²⁵, porque conserva en nuestras aguas la perla y nos ahorra el dolor que tuvimos con la bella cuanto infeliz Tangarala.

—Tienes razón, padre anciano, siempre han sido desgraciadas esas uniones de tribu a tribu por más que sean amigas. Lo que interesa ahora es cuidar de la virgen desposada no sea que Aruao quiera llevársela en la oscuridad de la noche, o sacrificarla a su rabia. Listos están los mil guerreros zaparas, cubiertas de robustos gaudules las saetías de los sepulcros, y por lo que respecta

²⁴ Ioloquiamo: Genio maléfico.

²⁵ Cachimana: Genio benéfico.

al desafío de Turupen y Aruao esperar debemos neutrales, como lo hace la tribu alile, y rogar a Amariba dé la victoria al hijo de Chiracoa el turno.

—Así es —dijo Tamanaco—, y sobre el fuego del sacrificio agitó por tres veces la palma verde de un corozo que aún no había producido fruto. Era la señal de despedida: entonces cada piache metió de nuevo la diestra en la charca de sangre y, con lo que pudo sacar en el hueco de su mano, pringó el fuego que medio apagado ya, levantó un humo fétido como el que despiden los huesos en un horno. El cacique Tamanaco, seguido de los mojanos del adoratorio, desapareció en lo oscuro porque ya la noche había extendido todos sus velos.

Guaitara y el *hohobit* se encaminaron a la choza de Anaida.

VI

Frágil como una hoja seca, y sobrenadando ligera al golpe de dos *pagayos*, atravesaba a este tiempo por el comedio de la laguna una curiara cuya proa tenía la figura de la mandíbula de un cocodrilo. Aruao y Chaima venían en ella y trataban de coger tierra inmediata a un manglar zapara. Era la hora del silencio y del recogimiento, y la misma noche, al empezar su conticinio, parecía demandar a la luna sus rayos, temblando de terror con las sombras de las selvas.

—Buena se nos ha venido la noche, Aruao —dijo el indio proel sin dejar por eso la boga—. Así la quisiera yo siempre para todas mis empresas. En la oscuridad es donde se conoce la astucia y el valor del guerrero alile.

Aruao, en vez de responder, le dijo con impaciencia: “Boga, Chaima”.

—¿Pues, y qué hago? ¿No escuchas siquiera mi *canalete*? Tengo más deseos que tú de llegar, pues ya que me has elegido por compañero, probarte quiero la fuerza de mi razón, los recursos de mi espíritu y el aliento de mi corazón. Yo soy el hijo de Parajurito —añadió con la jactancia propia de todo salvaje—, y espero llenar de terror esta noche a los viejos caimanes zaparas.

—No harás eso, Chaima, sino en el último caso: primero que todo es Anaida; me lo has ofrecido y sólo bajo tu palabra de indio he consentido que me acompañes.

—¿Y si la cotorna quiere volar o se pone a dar chillidos como en la cosecha de las mazorcas? ¿Y si a los gritos de la chuchumeca, que no debe ser perezosa como la *perquiza*, dan los zaparas su grito de alerta y se ponen a husmear al hijo de Parajurito? ¿Dime, alile amigo, respóndeme, compasivo Aruao, qué se hace tu compañero? ¿Se dejará atrapar como la *iguana* cansada, con la boca abierta?

Aruao bogaba con una fuerza y un tesón mecánico sin responder palabra; parecía que no encontraba la manera de resolver las preguntas del indio a su satisfacción, y no queriendo, por otra parte, consentir en los medios violentos que aquél le proponía, se encerraba en el silencio.

Chaima, a su vez, quería arrancarle una respuesta a Aruao que le sirviese, en todo caso, de disculpa para consigo mismo, por lo mucho que le gustaba atropellar por todo. Conque así, conocedor de la dolencia que encolezaba a Aruao, le preguntó de nuevo con el tono y la lentitud del que quiere dar a sus palabras la significación del sarcasmo:

—¿Y si dejas vivo a tu enemigo y Anaida se echa en sus brazos huyendo de Chaima?

—Entonces, indio amigo, entonces —gritó trémulo de rabia Aruao— sacrificarás a mi memoria, porque ya yo debo ser muerto, a esos dos miserables...

—¡Cía para atracar de costado sobre esa piedra! —le dijo Chaima, y la *curiaru*, como una veleta, se volvió ligera del lado de babor.

Los dos indios saltaron a tierra, se abrazaron en silencio y luego se separaron en la oscuridad.

VII

¿A dónde está Anaida? ¿Qué es de ella? Dijimos que a la partida de Turupen, la pobre india quedó sin sentido en los brazos de Guaitara. Cuando volvió en sí

se encontró en la vieja cabaña de su madre Naguala, al lado de Itota, que en vano trataba de consolarla.

Hemos visto también que el viejo adivino Guaitara, después de asistir en el adoratorio de Yarfá al sacrificio del *cunaguaro*, se encaminó con el *hohobit* a la choza de la hija de Guainaratin.

Sobre una red de cocuiza pintada de amarillo la encontraron éstos a tiempo que la anciana Itota trataba de consolarla.

—Eres muy cobarde de corazón, virgen mía —le decía ésta—: mayores riesgos ha superado Turupen otras veces. Tu esposo es valiente, ágil, fuerte como el *abariapo* y tiene de su parte las oraciones del anciano Guaitara a quien dice lo porvenir el espíritu del adoratorio, ¿a qué, pues, ese desconsuelo? Modera tu llanto, Anaida, no sea que, irritado Amariba, te oprima con alguna gran desgracia para enseñarte a sufrir en silencio.

—¿Cómo quieres que no lllore, buena anciana, cuando tal vez va a morir por mí el guerrero a quien amo? Tu lengua dice buenas palabras, pero helado tienes el corazón cuando olvida que no hay consejo para el sufrimiento como no sea el del llorar. Mina, pues, anciana, que el espíritu no consiente fijarse en otro pensamiento, ni los ojos recoger podrían sus lágrimas, sabiendo, como sé, que voy a arrastrar en mi mal hado a Turupen.

—Aquí están Guaitara y el *hohobit* —gritó la vieja alzando la estera de la cabaña.

Los piaches se sentaron como amigos o hijos de la misma choza sin hablar palabra.

Anaida se dió a llorar de nuevo.

Itota, al parecer más tranquila, se puso a quemar en un braserillo de barro polvos aromáticos de bálsamo de maraca.

Apuntaba en el horizonte la claridad de la luna: el lago se cubría con láminas luminosas: el cielo, de velo pálido; las chozas indianas sumidas aún en la oscuridad, semejaban una manada de tapiros descansando a la vera del palmar.

—Guaitara, padre mío —le dijo la virgen sollozando—, ¿me traes nuevas de Turupen? ¿O vienes a decirme que le es fatal el conjuro hecho en su nombre? Háblame, buen piache, pero háblame de él, porque mi corazón lleno de angustia se refresca con su memoria.

—“*Se refresca con su memoria tu corazón...*” —contestó Guaitara recalcando esas palabras con semblante severo—, está bien; pero te advierto, Anaida, que la esposa de un guerrero no debe ser la *perquiza* que vive quejándose, sino la paloma que arrulla amorosa en la estación de las flores, y calla y sufre solitaria a la venida del invierno. Está bien, aquí tienes el *hohobit*; que te cuente él cómo ha dejado en el bosque a Turupen. Yo me retiro, porque cuando se llora como tú lloras, los viejos están demás con sus consejos; tú lo has dicho.

—Padre Guaitara, perdóname; ten piedad de mí, buen anciano, hermano de mi madre Naguala. Yo no puedo sino llorar y sé con todo que tus palabras son sabias. Ven, no dejes sola a la pobre Anaida a quien has medido en tus brazos a las orillas del lago; siéntate, yo he menester consejo de tí y quiero pedírtelo.

Así decía la llorosa virgen alzadas en alto las manos en actitud suplicante, trémula, desgrefñada la negra crencha en lujosas madejas sobre el cuerpo, cuyas carnes tenían la frescura y el color del zapotillo de las florestas.

Mirábala Guaitara con aire de compasión, y sentándose de nuevo, le dijo:

—Tu tío soy, hija mía: ¿qué quieres de este viejo?

—Ya lo sabrás, padre mío; que Amariba rejuvenezca tu corazón, para que condesciendas a la súplica del dolor.

Calló por breves instantes: parecía que meditaba alguna cosa, que si estaba resuelta a llevarla a cabo, sentía embarazo, no obstante, en declararla. Al fin, un poco más serena de semblante, volviéndose al *hohobit*, le preguntó:

—¿A qué distancia está Turupen de la tribu, buen piache?

—Tan cerca, virgen, que con la distancia de medio sol se puede ir y venir hasta dos veces. Un guerrero que saliese ahora llegaría al caimital, donde le he visto, antes que la luna cubra la sombra de su cuerpo: un recadero en mucho menos tiempo.

—Y ¿por dónde van los cazadores allí? ¿Tiene camino escarpado o vereda en lo tupido del monte?

—Anaida, quiero decirte la verdad, si bien me parecen tus preguntas de loca. Los cazadores de *Urama* toman una pica abierta por ellos derecha a la estrella del viento de la mañana, y que arranca desde los juncos del

lago: hay otra vía que corre a la vista del sol con el mar a la siniestra, tanto más abierta cuanto menos pronta. Tú has estado alguna vez en ese lugar.

Hubo un momento de silencio.

Luego, como si hubiera tomado una resolución repentina, la virgen, saltando fuera de la hamaca y poniéndose de pie, con resuelta y breve voz, dijo:

—Pues bien, padre Guaitara, anciano *hohobit*, yo quiero ir a despedirme de mi esposo.

—¿Tú, Anaida? —exclamaron asombrados a un tiempo entrambos piaches.

—Sí, yo —contestó aquélla—, la hija de Naguala, ¿qué hay en ello de extraño?

—Pero, hija mía —le replicó Itota—, ¿lo has pensado bien? ¿No sabes que el *porauca* que espera a su enemigo es fuerza que esté solo con sus armas de guerra?

—Y tan es así —interrumpió el *hohobit*—, que sin embargo de pasar cerca de Turupen, de traerle el mensaje de los aliles y querer hablarle cuando tornaba a los zaparas, él me volvió la espalda.

—No, no —interrumpió Guaitara, como hablando consigo mismo—, eso no puede ser: es una locura. —Y después, dirigiéndose a la virgen—: Hija mía, el dolor desgarró tu corazón y alucina tu espíritu. ¿Qué es lo que quieres, Anaida? ¡Atravesar la selva plagada de fieras en pos de un pensamiento insensato! Suponte que puedas llegar hasta Turupen: ¿te contentarás con verlo y tomar de nuevo el camino de la tribu? Te engañas: querrás quedarte a su lado, luego le llorarás, le pedirás que no cruce sus flechas con Aruao; y mientras tanto llegará éste en busca de su enemigo y le escupirá el rostro en señal de desprecio, porque en la hora del peligro se entrega al deleite y vacila en fuerza de tus lágrimas. ¡Y la gente zapara, la *tribu de los caimanes*, vejada será y escarnecida en la persona de uno de sus más bravos guerreros! ¡No habrá de ser así, por el mismo *Yarfá*, Anaida: no sucederá eso...! Oyeme, india, Guaitara te prohíbe salir de tu choza hasta el sonido del caracol del alba.

Anaida retrocedió aterrada ante el ademán colérico de Guaitara. Su larga y encanecida cabellera le caía sobre las tostadas espaldas como la vedija erizada del león africano: espantadora era su mirada... Allí estaba el vi-

dente del Grande Espíritu mandando terrible bajo el prestigio del cielo, con el poder invisible que la tribu le suponía.

La virgen se dejó caer llorosa sobre el topal de *albarico* y, ocultando hacia la tierra su rostro entre las manos, exclamó: ¡Ah, soy muy desgraciada! Naguala, madre mía, sal de tu tumba y aconseja a la pobre hija de tus entrañas...

Guaitara, con un gesto, le indicó al *hohobit* la salida de la cabaña, y entrambos traspusieron el umbral en silencio.

VIII

Triste es ver los caneyes indianos en medio del desierto, a la claridad melancólica de la luna. El hombre primitivo en lucha abierta y desigual con una naturaleza poderosa que se despierta o sale a la vida llena de misterios incomprensibles, es en verdad un ser bien infeliz. ¿Quién podrá pintar los terrores del hijo de las selvas, cuando esa naturaleza se desencadena sañuda con la tempestad, palpita con el rumor desconocido de los sacudimientos subterráneos o se cubre de sombras en mitad del día con los fenómenos del cielo? ¡Ah! El pobre salvaje: ese sí sabe en su valerosa rudeza lo que quiere decir miseria, cuántos dolores encierra lo que se llama sufrimiento y cómo es terrible y desolador el desamparo en que vive. Yo he visto en las orillas del Orinoco, al largo de los fangales y anegadizos que forman sus crecientes periódicas, la tribu de los Guaraunos, de piel amarilla y cuyos padres, al decir de sus ancianos, fueron dos monos. ¿Tenéis curiosidad de saber de dónde salen esos sonidos humanos, tristes, estridentes y de difícil comprensión, cuando vuestra nave sube río arriba, rompiendo con sus vergas las palmas entretejidas, los corpulentos *moriches* que se retratan en las aguas?

No los busquéis en tierra en la choza del pescador que atisba el cardume a la lengua del agua, ni en el canci que a flor de la onda cristalina levantan algunos indios

ictiófagos para adormirse con el rumor de sus olas; buscados en alto, allá, cercano a las nubes, en las verdes y elevadas copas de los árboles centenarios. ¿Cómo, preguntaréis, es esa morada del hombre? Sí; la tribu de los Guaraunos nace, vive y muere, como las serpientes, sobre esos troncos gigantes. ¿Quién no se espanta al contemplar tal existencia, que sólo tiene de humano el dolor bajo todas sus facas, con todo el lúgubre séquito del hambre, la desnudez, la intemperie y el desamparo? A las veces se siente en Arcabucos un crujido seco, que calla luego y torna a reproducirse con el extraño rumor del eco que va y viene en la soledad de las selvas; y es que los grandes árboles, socavados o podridos por las aguas, caen a tierra de improviso con un estrépito difícil de explicar. ¿Y qué pasa entonces en la familia guarau-na? Mientras que el esposo ágil y robusto sobrenada en la corriente del río, al golpe repentino, pero conocido ya de los reptiles que duermen en los esteros, se abalanzan éstos y se traba en el instante una lucha singular entre el hombre que defiende sus hijos, su esposa y sus ancianos padres que escapan por casualidad al abismo de las aguas, a horcajadas en las ramas del árbol, y el inmundado animal hambriento de carne humana, cuyas pupilas chispean de cólera al castañeteo de sus mandíbulas... En verdad, casi siempre sale victorioso el hombre; pero extendida la vista... junto con el cadáver del caimán se lleva el río o traga en su corriente algunos de los infelices pequeños despedazados en la agonía del monstruo.

Lo que se dice del estado inculto y agreste de una tribu cualquiera de la América meridional, se puede aplicar a todas, teniendo en cuenta la diferencia de localidad en que la tribu haya plantado sus caneyes.

Los indios del lago Coquivacoa, al tiempo que se refieren nuestros estudios, estaban un tanto más adelantados que los del Orinoco; pero la misma incuria, la misma pereza: el error y la ignorancia tenían allí sus templos.

Veamos si no, en la tribu de los zaparas, qué significación tenía aquel llamamiento de la infeliz Anaida a la sombra de su madre Naguala. Crean los indios del lago que el Grande Espíritu concede a las almas de los ancianos que mueren, el poder de incorporarse en la compañía de los vivos para ayudarlos en sus apuros, siempre

que aquéllos con la boca pegada a la tierra los llamen llorando. Si preguntáis a un indio ¿dónde están vuestros muertos?, os responderá: allá lejos, atravesando derecho el mar, en una isla que el español llama Jamaica y el indio llama Jamaica.

—Pues si tan lejos están ¿cómo se presentan de pronto cuando el indio los llama?

—Porque atraviesan como las gotas de lluvia por los oídos de Yarfá, que escucha hasta el aleteo de los pajaritos.

Estos oídos del diablo, según explican los indios, son unas cavernas de que está llena la tierra, así al largo de las elevadas cordilleras como bajo las aguas del mar, y al través de las extensas sábanas...

Cuando al conjuro o llamamiento del salvaje no se ve volando algún pájaro, que en este país ciertamente se puede reputar a casualidad, ni pasa el viento sacudiendo las palmas, ni los rayos del sol o de la luna penetran en la caverna: cuando no encuentra la imaginación calenturienta del indio dónde fijarse para tomar lo primero que se le presenta por el espíritu del muerto que evoca, entonces, puestas las manos sobre los ojos, dice: "el anciano duerme"; y por más afligido que se encuentre trata de hacer lo mismo a fin de recibir por visión el consejo que necesita o el parecer del espíritu, siquiera sea aquél lo más disparatado del mundo.

Anaida, la huérfana zapara, había esperado en vano la aparición de su madre Naguala después de la salida del *hohobit* y de Guaitara; y así, arrebujiándose en el topal donde estaba con la orla de su manta, cerró los ojos y sollozando aún, si no pudo conciliar el sueño quedó por lo menos tan inmóvil entregada a sus tristísimos pensamientos que Itota la juzgó dormida. Entonces ésta, que parecía entretenida quemando polvos aromáticos, se puso de pie mirando con sigilosa solicitud el lugar donde dormía Anaida.

—Duerme —exclamó—, pobre paloma zapara, que mientras el espíritu de tu madre Naguala te da consejo, ya que yo he tomado el mío y sé lo que debo hacer, antes que se esconda en *madaguarayo* te traeré nuevas de Turupen para que cese tu angustia. —Y alzando la estera de la cabaña traspuso su dintel y se alejó camino del caimital donde velaba Turupen.

Al mismo tiempo, más bien que caminando se deslizaba a gatas en medio de la sombra, como un animal extraño, con dirección al bohío de nuestra huérfana, Chaima, el gandul alile.

IX

Sigamos ahora al indio Aruao que trataba de desviarse del cabañal zapara internándose en la floresta. Tupido como estaban aquellos sitios por las palmeras y manglares de las ciénagas, caminaba sin guía ni luz, pues la de la luna no podía penetrar hasta el comedio de la selva adonde se hallaba. De vez en cuando se tendía en el suelo boca abajo y aplicando el oído a la montaña quedábase inmóvil gran rato, como queriendo sacar de las entrañas de la tierra lo que deseaba saber. "Alguno viene —dijo para sí—, pero muy lejos: si es guerrero huye, porque sus pisadas son tímidas como la *urama*; según parece —añadió, volviendo a interrogar al bosque—, se dirige a la vera del camino de los caimitos". Apenas acababa de pensar en esto cuando dió un salto, con cierta expresión de terror, inclinándose luego hasta cogerse con ambas manos el pie izquierdo diciendo: ¡Por la vieja *iboroco* que la víbora negra me ha mordido! Si será que el zapara tiene miedo y ayudado de algún espíritu cobarde se ha vuelto culebra y me pone fuera de combate; pero... El roce del reptil sobre las hojas secas indicó al indio del lado que se escondía: mas éste, con una serenidad y prontitud inauditas se enderezó y levantando el mismo pie herido, aunque a tientas en la oscuridad, le aplastó la cabeza como si hubiera sido con el martillo de un cíclope. El cuerpo de la sierpe, obedeciendo a su último movimiento de vida, se enroscó en forma de espiral en la pierna del salvaje, quien instintivamente, sin demostrar la menor emoción, la arrancó de sí arrojándola como una flecha a gran distancia.

—Ahora —musitó echándole mano a un flexible *bejuco*—, cúrate, Aruao, porque la víbora negra de estos palmares es igual a los caimanes de la tribu.

Cifóse, pues, con la liana, un poco más arriba del cal-

cañar, el pie, y siguió su camino impaciente frotando dos trozos secos de madera para hacer fuego. Este incidente, tan común en las selvas entre los indios, puso asaz de mal humor al guerrero alile, el cual brincaba aquí y allá queriendo ganar tiempo y murmurando horribles imprecaciones contra todos los mojanes zaparas a quienes él atribuía la mordida de la serpiente negra. "Es para desconfiar hasta de mi buena suerte —exclamó parándose al fin a pocos pasos del verdadero camino que debía seguir buscando el lugar donde estaba Turupen—: a mal momento se me quiere hinchar la mordida del *Can*²⁶... Me quemaré pronto y antes de levantar *Zue*²⁷ las esteras del cielo, podré llegar hasta el caimital en que me espera mi enemigo". Después, aplicando nuevamente el oído, dijo: "Si se habrá desorientado Chaima en tan maldita tierra y es él quien dirige por este camino: pero no, el alile huele su presa a gran distancia y más bien puede ser algún guerrero de Tamanaco que quiere rondar de lejos mi llegada para avisarlo a su tribu. Con todo —prosiguió—, mientras se me derrite el pellejo, esperaré aquí para saber quién pasa". Sentose Aruao e inmóvil como una momia, sin la más ligera emoción, sin contraer ni por un instante sus músculos, en fuerza del dolor que debía experimentar al aplicar sobre su piel una brasa que chispeaba, siguió quemándose lentamente la herida que le acababa de hacer el reptil. En esto pasó casi corriendo por el camino inmediato una india, y Aruao, sin soltar el tizón encendido de la mano, con un salto solo se le puso por delante, y agarrándola por el *anaco* le gritó: "Párate, párate o te aplasto como a la serpiente negra que tus mojanes pusieron allí para morderme".

—¿Poranca Aruao —le dijo sin sorprenderse la *zapa-ra*—, le has declarado también guerra a las indias? Yo te conozco por la voz, alile, y si no hablaras te conocería lo mismo por la poca consideración que tienes con las matronas.

—¡Itota, buena abuela —exclamó admirado el guerrero—, eres tú! Yo también te he conocido por la voz, y si no hubieras hablado te conocería igualmente por el

²⁶ Can : Culebra.

²⁷ Zue : El Sol.

poco aprecio que haces de tu vida cuando insultas así a quién jamás te ha hecho mal y puede matarte...

—Suéltame, pues, y déjame volver atrás, porque yo no quiero presenciar tu muerte...

—¡Mi muerte, vieja caimana! ¿Has dicho mi muerte? Eso quisieras tú y los *poraucas* de Tamanaco que tiemblan con mi grito de guerra. Pero no te cuides de eso, madre —añadió dejando ver a la luz del encendido leño dos hilos de dientes parecidos a los cascabeles de la culebra americana—, no vayas ahora a gimotear por tu antiguo conocido Aruao, que te jura, por los huesos de su madre, hacer cuanto pueda a fin de que sus amigos aliles conozcan de cerca las facciones de Turupen...

Era tal el acento sarcástico y la expresión colérica de su fisonomía, que Itota se echó a llorar de espanto sin tener fuerzas para soltarse del alile ni poder huir.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Bien haces en llorar, madre —prosiguió—, que también llorara Aruao si pudiera... Pero no puedo —murmuró apretando los dientes e inclinándose sobre Itota como pana que mejor lo escuchara—, no puedo porque mi corazón está seco como el arenal y necesita sangre, mucha sangre, ¿lo oyes, vieja?, toda la sangre de los caimanes zaparas para que pueda refrescarse hasta poder llorar...

Itota parecía sobrecogida de terror con aquella rabia reconcentrada del alile.

—Suéltame —balbuceó temblando—, suéltame, Aruao, que yo jamás he sido tu enemiga ni hecho mal a nadie, cuanto menos a tí...

—¿Que no me has hecho mal, vieja? ¿Pues quién me aconsejaba el mal pensamiento de solicitar a Anaida? ¿Quién me hacía esperar día tras día que ella, por tus súplicas, murmurase sobre mi corazón las palabras de su felicidad? ¿Que no me has hecho mal, engañadora zapara? ¡Tú has sido para mí como la *urama* doméstica que sirve para aprisionar a los siervos montaraces...!

Luego, soplando con la boca el tizón encendido y apli-cándoselo a la mano de Itota, le gritó con ronca y entrecortada voz: “con esa marca es que te suelto para que no te olvides de Aruao, y le digas a Turupen que si vengarte quiere lo espero en este lugar, ya que no puedo seguir adelante mordido por la víbora negra...”.

Itota lanzó un grito doloroso que repitieron los mil ecos de la floresta; echó a correr en seguida y al desaparecer de la vista de Aruao lanzó sobre él una espantosa maldición...

X

Esperanza, felicidad, sueños encantadores de la niñez, astros luminosos de la imaginación, ¿qué sois vosotros en presencia de la razón? ¿Qué decís vosotros, interrogados por la verdad? ¡La esperanza! Cifra de mil significados en el lenguaje del corazón, vaga como el tiempo de quien es hermana y tan indefinible como él... ¡La esperanza...! ¡Sólo he creído verla una vez cumplida! Lloraba un pobrecillo niño y su madre se lo suspendió trémula de emoción a sus pechos. La sonrisa del ángel me dijo al oído: "sólo en esta edad se satisface la esperanza..." ¡Y la felicidad! ¡Venid, venid, espíritus de los delirios del hombre! Estrella de mil colores, más oculta que la chispa encerrada en la piedrecilla del profundo mar, mostraos... ¡La felicidad! Creación aérea, nube que pasa, mentira eterna, ¿de quién sois amiga? ¿Quién os ha visto? ¡Ah!, yo te he buscado en vano en el desierto de la vida... ¡Cuántas veces me he reído con sarcasmo de los hombres porque me llamaban feliz...! Felicidad, felicidad, yo no te comprendo, ni nadie puede comprenderte tampoco mientras que nuestras pasiones tengan por fin el hastío, y la existencia humana se modifique cien veces en un minuto por las impresiones del mundo exterior...

Adornadas estaban aún de palmas y ramilletes campesinos las chozas zaparas, cuando la misma virgen a cuya felicidad se había engalanado el desierto, lloraba llena de angustia, evocaba la sombra de su madre Naguala, y a permitírselo Guaitara, hubiera querido morir cerca de Turupen, presenciando el combate con Aruao. El bohío del salvaje y el palacio del hombre civilizado tiene siempre, dondequiera, por hermano del placer el desencanto de nuestros sueños y el pesar imprevisto...

Anaida se había quedado sola con la partida de Itota: arrebujaada en su *anaco*, esperaba la simplecilla cuanto desdichada india algún signo o presentimiento que le indicase la presencia de su muerta madre Naguala para tomar consejo tras la angustia y perplejidad en que yacía. A poco de esperar sintió que tocaban la estera de la cabaña, como si la hubiesen alzado para dar paso a alguno. Anaida creyó luego oír cerca de sí cautelosos pasos y el crujido de los miembros de un salvaje que en el silencio de la noche, cuando anda a tientas en sus cacerías nocturnas, semeja al choque de los huesos de un esqueleto... “Ya viene la pobre madre mía”, murmuró sin alzar la cabeza y temblando de terror. Apagóse instantáneamente una tea de madera de cabima seca que ardía en un rincón, y la estancia del bohío quedó sumida en una sombra que parecía tanto más triste cuanto más pálido era un rayo de la luna que se filtraba en el interior por una abertura de la estera: aquel hueco tenía la apariencia de la pupila medio empañada del buho de los cacaotales.

Chaima, pues no era otro, se medioincorporó sobre la mano derecha, y seguro como estaba de no ser visto, echó cuentas consigo mismo para pensar lo que convenía resolver a fin de no marrar su golpe.

—¿Qué tiene esa india? —reflexionó—; seguro estoy de que la he oído hablar, pero parece dormida. Como quiera que sea la ocasión no se me puede presentar más propicia para realizar los planes de Aruao... ¡Por mi padre Parajurito que si yo logro amarrarle el pico a esta cotorra antes de que pueda gritar, la empresa es tan fácil como llenar el *jicrito*²⁸ de mi madre de almejas del Coquivacoa. Adelante —añadió—, hijo de Parajurito... —Así diciendo se fué aproximando al topal donde estaba Anaida, desatándose de la cintura una faja de algodón que debía servirle para tapar la boca a la infeliz huérfana. Esta que sentía todos los pasos, y crédula persistía en su grosera ilusión, cuando supuso que estaba muy cerca exclamó con una voz suplicante, capaz de hacer derramar lágrimas a un demonio: “¡No te arrimes más, Naguala, madre de mi corazón, porque tengo miedo:

²⁸ *Jicrito*, un canastillo de palmas.

aconséjame desde donde te hallas, que el contacto de los muertos dicen que hiela la sangre...!"

—¡Oiga! —murmuró Chaima—, la chuchumera no duerme, pero evoca la sombra de su muerta madre para que tal vez le diga los secretos del porvenir de Turupen. ¡Bueno! ¡Lo mismo tiene! Variaré mi plan y la sutil iboroco me prestará esta noche su astucia... Finjamos que yo soy la sombra de Naguala...

—*Tacinú*²⁹ de Panuco, ¿qué haces? —le dijo el perverso Chaima con una voz apasionada y misteriosa.

—Te he llamado, Naguala mía, porque soy muy desgraciada. Los caimanes son duros como el pedernal y en la tribu nadie se apiada de Anaida, de tu pobre hija tenida en desventura por los piaches desde que saltaba en tu vientre...

Era tan dulce el acento de la india, había tal sencillez e inocencia en sus palabras, que Chaima, a pesar de su perversidad genial, sintióse conmovido y dijo para sí: "Por *cachimana* que tiene razón Aruao en su locura: esta perla zapara vale más que las sartas de corales aliles... Pero yo no puedo retroceder sin perderme, ni salir de aquí sin cumplir mi palabra de guerrero... Chaima, Chaima, murmuró como para animarse, eres una *perquiza*..."

En aquel instante Anaida hizo un movimiento tal vez para levantar la cabeza, pues la posición en que la tenía era por demás molesta: mas Chaima, que en la oscuridad del bohío no podía comprender la intención de la virgen, se creyó perdido o al menos que su presa se le escapaba; por lo que con una resolución de salvaje saltó sobre la inocente e indefensa virgen y estrechándola entre sus fornidos brazos le tapó la boca con la faja de algodón que llevaba... Lo único que se pudo comprender de esta escena infernal, en que corrían parejas la astucia y perversidad de Chaima con la simplicidad e imprevisión de Anaida, fue un grito ahogado de terror que los malos espíritus del desierto apagaron en el silencio de la noche...

²⁹ *Tacinú*, hermana.

XI

En un radio de algunos miles de varas, cerca de los alcores de la tribu de los caimanes, pasan nuestras últimas escenas cuyos personajes se encuentran a corta distancia el uno del otro, obedeciendo cada cual a la pasión de que se halla poseído.

Aruao, sentado a la vera del camino por donde ha de venir Turupen, reniega a las veces impaciente, no tanto del dolor de la herida que le hiciera la víbora cuanto de lo que tarda en aparecer su enemigo a quien él cree cortar la cabeza para llevarla en trofeo a su tribu. Como transcurriera así algún tiempo, se puso a encender el fuego del desierto, cantando a media voz la canción del combate a muerte, cuyos tonos enardecen a los *poraucas* hasta dejarse despedazar.

Chaima, el hijo de Parajurito, el amigo de Aruao, se encuentra ya fuera de las rancherías zaparas llevando en sus hombros, como si fuera un liviano carcax de flechas, a la infeliz huérfana, más pálida que los rayos de la luna que se descubre a ratos al través del follaje sombrío y tembloroso de las selvas. La fortuna parece que sigue los pasos de Chaima, pues éste, aunque camina sin dirección fija, ha cogido casualmente el camino por donde debe encontrar a su amigo Aruao. Anaida va desmayada en los brazos del bárbaro alile, sin que pueda su tribu rescatarla, no sabiendo, como no sabe, lo que pasa en su mismo cabañal bajo las sombras de la noche y en sus altas horas.

Por último, Turupen, que espera a su enemigo en el mismo lugar donde éste clavó la flecha del desafío, se ha encontrado de pronto frente por frente con Itota, la cual, sin darle tiempo para esquivar sus palabras, según la costumbre salvaje en casos tales, le grita frenética:

—Mal hayas tú, hijo de los caimanes, esposo de Anaida, si no vengas a una matrona presentándole la *cabellera*³⁰ de quien la ha cubierto de oprobio... Yo soy Ito-

³⁰ *Cabellera*, es la cabeza del enemigo, que muestran los salvajes después de cortada, en señal de triunfo.

ta, Turupen, la madre adoptiva de los huérfanos de Naguala... Conóceme, que vengo a tí para pedirte venganza... Corre, corre, guerrero; no lejos de aquí está tu enemigo... ¡Mátalo y véngame...!

Quedóse absorto el indio, como si tuviera por delante la *aojadera* de la tribu que amolla con el calor de sus manos los huevecillos de la serpiente de *Yarfá*: miróla asombrado, sin atinar a responder, y casi desconociendo a la vieja zapara, de puro alteradas que estaban con la cólera sus facciones.

—Buena madre —le dijo al cabo con grave tono y solemne ademán—, cálmate. Poseída como pareces por el espíritu de *cachimana*, yo no puedo comprender tus palabras incoherentes, ni tus gritos destemplados. Sosiégate, madre anciana... ¿Quién te ha ofendido? ¿De qué enemigo me hablas? Y sobre todo, ¿por qué te encuentras en este lugar, por esta selva, cuando el silencio de la noche hace callar de miedo a los salvajes?

—¡Ay de mí, desgraciada india! —respondió sollozando Itota, y un tanto más sobre sí—; sólo me faltaba esto... que los guerreros de la tribu a quienes está encomendada la venganza de las injurias me tuviesen por loca... Turupen, *porauca* zapara, estoy aquí porque te he querido avisar que Anaida se muere de dolor. ¿De qué enemigo quieres que te hable? ¿No te ha desafiado el feroz Aruao? Pues ese queda allá mordido por el *can* negro, y como no puede venir hasta donde clavó la flecha, y yo acerté a pasar, por mi desventura, a tiempo que él te maldecía, quemóme esta mano para saciar su rabia y provocarte hasta el punto de que le buscases aunque fuera en la oscuridad de la noche... ¿Quiéres saber más...?

—Quiero matar a ese miserable alile, por los huesos de mi padre, Itota...

Arrancó la flecha de Aruao que aún estaba clavada, escupióla tres veces, y antes de enderezar sus pasos por el camino que había traído Itota, la despidió del arco en la misma dirección en que sabía se encontraba aquél: “vuela, arma enemiga —dijo—, anúnciale al zorro que se prepare a morir...”.

Después, al resplandor amarillento de la luna, se dió a correr con tal ímpetu, que Itota sólo podía seguirlo jadeando a lo lejos...

XII

¿Qué hacía Aruao? Ya lo hemos dicho: esperaba impaciente, no obstante estar seguro de que su enemigo iba a llegar de un momento a otro. Estando así, el alile se echó de pronto en el suelo, tapándose una oreja como para recoger en la otra todos los rumores nocturnos que creía oír de este último lado.

—Eso es, viene a todo correr, haciendo resonar la selva con sus pisadas, pensando amedrentarme —dijo con una sonrisa de satisfacción Aruao.

Hiperbólicos y ponderativos en sus palabras son los pueblos primitivos; pero los indios de la América del Sur van muy lejos de todo ejemplo. Aquel estremecimiento de la tierra que llamaba el alile, era el ruido que hacían en la hojarasca los pies de Turupen que el alile, como buen indio, oía a grandísima distancia.

Aruao sacó lentamente del carcax dos flechas, las colocó en ángulo sobre la cuerda del arco, puso a sus pies una deforme *guaica* cuya punta de vera petrificada tenía dos filos, sopló la hoguera para que su luz alumbrase a mayor distancia la cercanía de su enemigo, y se puso alerta, un tanto vuelta la cabeza como pintan el Apolo griego. Pero el indio repentinamente se tendió de nuevo en el suelo: escuchaba algo del lado opuesto, en dirección a la tribu zapara. “Mala se me viene la casualidad —pensó—; otro guerrero se aproxima a este sitio, quien de seguro le dará mano fuerte a Turupen para derramar mi sangre... Ya lo veremos —exclamó: y después de mantenerse indeciso reflexionando, llevó su diestra al carcax y tocó una por una las flechas, diciendo por dos veces, *poró, poró*³¹. Aruao había contado cuatro veces diez. Tenía pues, para defenderse de sus enemigos, cuarenta flechas. El guerrero se creyó seguro del triunfo.

³¹ Los goajiros no cuentan más que hasta diez, así: *guane* 1; *piama* 2; *apuni* 3; *pienchi* 4; *jariara* 5; *alipiru* 6; *alcárare* 7; *mesquise* 8; *guane muy* 9; *poró* 10. Desde aquí vuelven a empezar, reuniendo así, en serie de dieces, todas las cantidades que necesitan. Cada vez que llegan al número *poró* dan una palmada.

Chaima (y este era el otro salvaje que había sentido Aruao en vuelta de la tribu) caminaba entre tanto con su preciosa carga, muy cautelosa y precavidamente: las tierras zaparas no eran del todo desconocidas para él, en verdad, pero la noche, lo arriesgado de la empresa que realizaba y más que eso el gran espacio que lo separaba de la plaza o del punto adonde debía encontrar a su amigo, ponían a durísima prueba la perseverancia, las fuerzas y el valor del hijo de Parajurito. Muy lejos estaba aún de Aruao cuando alcanzó a ver, como un cocuyo entre el follaje, la candelada que éste había hecho, e ignorando fuese él, supuso que alguna tropa cazadora de *carpas* andaba por allí.

—Ahora si que necesitas de tu brazo y de tu cabeza, Chaima —exclamó hablando consigo mismo...—. Pero no, —reflexionó—, más te valdría ser útil como tu madre la *iboroco*, que eso le da gloria al alile y sirve para escarnecer a los caimanes en las danzas del hervor de la *chicha*.

Colocó cuidadosamente a la virgen en el suelo, quitóle la faja que le tapaba la boca, y con ella, sin dar muestras de la más leve compasión, le ató entrambas muñecas. Anaida seguía desmayada; pero él, como si pudiera escucharle, en faz de justificarse de aquella violencia, le murmuró al oído: no te muevas, bella zapara, que mi intención es cumplir la palabra que le tengo dada a quien me ha escogido esta noche por compañero y ciertamente te quiere mucho... Yo voy a husmear a los de tu tribu que si me cogen vivo me darán al son de sus tambores guerreros el bebedizo de agua salada hasta hacerme morir... Quédate, pues, quieta, añadió con una mirada sombría, porque el hijo de Parajurito sabe matar también cuando lo burlan...

Alzó una mano buscando de dónde venía el viento, echó una mirada alrededor del lugar en que dejaba su presa, se orientó, por último, y con la lentitud de un bisonte chúcaro, fue avanzando encorvado sobre su *maccana*, al punto en que chisporroteaba la fogata de Aruao.

—Párate, párate, hijo mío —le gritaba a este tiempo en la opuesta dirección Itota a Turupen sin poderlo alcanzar, según corría—, toma aliento antes de darle vista a tu enemigo, no sea que se aproveche de tu can-

sancio... ¡Turupen, Turupen, óyeme por la última vez, aguarda, aguarda...!

Tanto gritó la matrona que el gandul se detuvo al cabo en mitad de su carrera.

—¿Qué quieres, Itota? —la dijo en breve e impaciente tono—. ¿Voy a vengar a Anaida y aún me detienes después que has enardecido mi corazón? Habla pronto, anciana...

—Lejos de pensar impedirte, guerrero zapara, la muerte de Aruao, confío en *Amariba* que esta noche será la última de su vida; pero quiero decirte, a fin de que no te sorprenda, que el alile ha puesto una fogata en la senda para encandilarte como a las torcazas: escondido él en algún tronco, puede verte mejor al llegar a la lumbre y matarte sin que te sea dado ni aun defenderte.

—Eres sabia como Guaitara —le dijo Turupen—: está bien...

El guerrero echó a correr de nuevo, haciendo una especie de rodeo para salir al punto del camino adonde lo esperaba Aruao, en dirección diametralmente opuesta de la que había tomado al principio.

A su vez, el celoso y suspicaz alile se encontraba asaz perplejo y en situación violenta y embarazosa. No se le había ocultado a su oído de salvaje que a todo andar caminaban entre las selvas y se dirigían hacia aquel lugar dos guerreros que debían, según lo imaginaba, atacarlo por el frente y la espalda casi a un tiempo mismo: conque así, realmente indeciso entre ambos enemigos, pero resuelto a defenderse y vender cara su vida, saltaba con asombrosa movilidad en un corto espacio de tierra, ora dando el frente a la tribu, ya volviéndose de pronto para encararse con Turupen que llegar debía del lado opuesto. Así danzaban los sanguinarios caribes en el festín de la carne enemiga alrededor de su víctima: no de otro modo suponían los antiguos aztecas se propiciaba el favor de sus nefandos ídolos, en los *areitos*³² de la muerte del prisionero.

Aruao que adivinaba, se puede decir así, hasta los movimientos de sus dos enemigos, exclamó de pronto en

³² *Areitos*, fiestas y cantares de los antiguos mejicanos.

tono irónico: "¡ánimo a las gachas³³, guerrero caimán, que parece tuerces el camino y no quieres encontrarte conmigo!" Soltó una carcajada y añadió: "¡como que te ha entrado la desgana de morir! ¡Buenos galápagos tiene esta tribu!".

Aruao, no sabiendo cómo explicar la desviación o vuelta de la línea recta que hasta entonces traía Turupen, figurósele que iba a desistir del combate tomando a la deshilada por miedo otro camino. Mal conocía el alile al hijo de Chiracoa.

Entendía, pues, que no le quedaba ya más que un enemigo: el del camino opuesto; por lo que se volvió a ese lado con grandísima confianza en el semblante y no menor coraje en el corazón; pero fue el caso que por más ligero que quiso dar el frente, al sentirlo muy inmediato, se encontró con un gandul asido a sus rodillas que, sin dejarle hacer uso de sus flechas, quería a todo trance ponerlo cuan largo era en el suelo: un gato montés no se hubiera abalanzado con más agilidad sobre la pintada gallineta. Tan rápida fue la acometida que Aruao vaciló y se le vino al pensamiento dejarse caer sobre el agresor para aplastarlo: sólo así podía salir del aprieto en que se hallaba, e iba a ejecutarlo cuando, en el afán de la lucha, se le cayó la *tequiara* de garzotas blancas, y Chaima, que no era otro, dejó escapar una exclamación de sorpresa... Se acababan de reconocer entrambos amigos al resplandor de la hoguera... Miráronse de frente en silencio con los brazos cruzados y cambiaron un gesto. Chaima extendió su diestra en la dirección donde había dejado a la virgen. Aruao, sin poder contener su alegría, dio un grito; pero lo ahogó casi en las palmas de la mano, que se llevó a la boca; luego hizo un círculo en el aire, como señalando la vuelta que había tomado Turupen; mímica que, comprendida por Chaima, tuvo sin respuesta volviendo la cabeza a uno y otro lado, poniendo los ojos con entusiasmo sobre un grandísimo y corpulento *mara*³⁴, llevándose a la boca un pequeño caracol pendiente al cuello y alejándose precipitadamente...

³³ *Gacha*, vasija de barro. Aruao alienta sarcásticamente a su enemigo.

³⁴ *Mora*, árbol muy alto y grueso; algunos indios lo llaman también *cucheme*.

¿Qué le había dicho el hijo de Parajurito a su amigo? “No creo que Turupen huya o desista del desafío; si llega como lo supongo, antes de mi vuelta, resiste con la pujanza de ese árbol, y si te apretare mucho el zapara, alérrtame o avísame con tu caracolillo de guerra”.

Brillaban al oeste los últimos luceros de la noche: el ternal matutino hacía estremecer las dormidas aguas del Coquivacoa y bien pronto se iban a teñir con los mil colores del alba las nubecillas del cielo. Era la hora de las *Ninfas*, según los antiguos cantos de la poética Teshalia.

Precisamente al tiempo que Chaima y Aruao se reconocían, saltó Turupen por encima de una india que yacía sin sentido en la hojarasca de aquellos *arcabucos*; tan colérico iba que intentó seguir sin prestale ayuda, pero el zapara era compasivo como todo hombre de corazón y se detuvo al pronto: “primero es el socorro que la venganza”, dijo, e inclinóse sobre la virgen: esta *irúa*³⁵, añadió, “se habrá separado mucho de su *bohío* y la noche debe haberla llenado de terrores hasta hecerla perder el sentido...”

Turupen se hincó a su lado, puso en tierra su macana y arco y le tocó el corazón que palpitaba apresuradamente: pero la india no parecía poder despertarse. “*Irúa* zapara —le murmuró impaciente al oído—, despierta, que mi enemigo me espera —y como si pudiera escucharlo, de luego a luego le añadió—: *jachon pia, jachon pia*³⁶...” Silencio, ni un suspiro: aquel sueño semejaba a un letargo. Entonces comprendió el guerrero que algo muy extraordinario había tenido lugar... Quiso tomarle una mano, y al encontrar sus muñecas atadas, todo su cuerpo se estremeció con la zozobra de un mal presentimiento.

—Esta *cira*³⁷ —balbuceó, soltando en la oscuridad que todavía reinaba las ligaduras y recorriendo con el tacto la faja de algodón—, no es tejido zapara. ¿Qué te ha pasado, india? ¡Algún enemigo! ¿Será posible que los aliles se atrevan a tanto? Pero ¿quién eres, pobre *irúa*?

³⁵ *Irúa*, paloma; en el dialecto de los goajiros.

³⁶ *Jacho pia*, anda ligero. Este *pia* goajiro parece ser un verbo de movimiento que significa nuestros *venir, ir, andar*, etc.

³⁷ *Cira*, faja de los indios ricos.

¡Yo lo quiero saber, yo lo quiero saber! Perdóname si pongo mis manos en tu cuerpo de virgen..." Alzóla tembloroso el guerrero, cuanto más alto pudo en sus brazos, buscando luz para reconocerla... "Si estaré loco —murmuró el valiente hijo de Guairaratin, creyendo que pasaba por sus ojos una visión...—. No, no puede ser".

Trémulo y cubierta su frente con el sudor de la agonia, recogió en la mirada que echó sobre el rostro de la india su alma y su corazón: pero el bosque aún estaba oscuro; si bien se pintaba ya en el oriente la claridad indefinible del día. Corrió a un lugar un poco menos tupido de follaje con su preciosa carga, clavó en aquel semblante cubierto con la palidez de la muerte una mirada profunda, en la que se retrataba la insensatez del delirio repentino, y lanzó un grito cuyo timbre tenía todas balbucencias de la cólera y cuanta conmiseración encierra el dolor... Turupen apretaba sobre su corazón a Anaida...

Una carcajada provocativa, salvaje, que sólo podía salir de la garganta de un demonio, se dejó oír en este instante a las espaldas de Turupen. Sonó por dos veces el caracolillo de Chaima que llamaba a su amigo, y al volverse Turupen para imponerse de lo que pasaba, se encontró entre los corpulentos árboles, a veinticinco pasos, con el malvado hijo de Parajurito que lo había estado atisbando.

—No vas a poder defenderte, enamorado zapara —le dijo riendo con insolencia Chaima—, y sin embargo tengo que matarte. Toma y ve a dormir el sueño de tu padre Guairaratin.

Turupen quiso, tan pronto como el relámpago, desplomarse sobre sus pies, según la usanza salvaje, para evadir la flecha de su enemigo; pero el temor de maltratar a la virgen le hizo solo medio encorvarse presentando el costado izquierdo, a fin de cubrirla mejor, pues aún la mantenía en sus brazos sin haber tenido tiempo para otra cosa.

La flecha de Chaima pasó el brazo izquierdo de Turupen de banda a banda y se le quedó clavada como una veleta de metal.

Rugió el zapara de coraje, dejó a su esposa sobre las yerbas sin poder echarla una postrera mirada, y se fue derecho sobre el alile que lo recibió disparándole casi

sobre la cara dos saetas. Esta vez Turupen pudo usar de toda su agilidad y destreza, porque esquivó entrambos golpes más ligero que una serpiente, y se abrazó con Chaima. Era el tal fornido, Turupen más ágil: superior aquél en temeridad, incapaz éste de ceder, puesto en el trance, hasta no matar a su enemigo: iguales ambos en valor, la lucha debía mantenerse indecisa por no breve espacio de tiempo.

“Voy a estrellarte contra este tronco”, le gritaba furioso Chaima; y cada vez que quería alzarlo en peso se le salía Turupen de entre las manos, lo provocaba con un ademán, amagábalo y se aferraba a él de nuevo, contestándole: “quiero matarte”. Bien se comprendía que el zapara esperaba sólo el más ligero descuido o cansancio de su contrario para quitarle la vida; pero entre tanto se iba desangrando por la herida del brazo no queriendo hacer uso de la única arma que llevaba entre la *cira*, su cuchillo de pedernal, hasta no estar seguro de matarlo de un golpe.

Dejóse oír en esto un caracolillo lejano y Chaima, locuaz y vanaglorioso exclamó: “No tendrás que lidiar con Aruao, tu segundo enemigo, porque yo sólo basto antes de su llegada para matar a un zapara como tú; mira”, le dijo llevando la diestra a la cintura para sacar su cuchillo; mas Turupen se apercibió con la rapidez del relámpago de que el alile tras aquel ademán quedaba parado y descubierto un instante, y más ligero que el *hurivai*³⁸ en las tempestades del golfo, fuése a él murmurando con el acento de la rabia aún no satisfecha, *muerre, malvado... Ríete ahora del dolor y de la desgracia.*

El cuchillo de Turupen había destrozado de un solo golpe la garganta de Chaima... Cayó éste dando traspiés, y haciendo un último esfuerzo para hablar, ahogado por las bocanadas de sangre, gritó: “Aruao, Aruao, vengame...”.

—Aquí estoy —exclamó el alile llegando con la *guaica en alto* y golpeándose el pecho con el pífano de guerra de su tribu.

—Yo también estoy aquí para matarte y espantar tu

38 *Hurivai*, golpe impetuoso de viento.

miserable espíritu hasta que de cuenta de sus crímenes a *Tatusio*³⁰.

Tal respondió Turupen armándose con el arco de Chaima que estaba a sus pies: el zapara trataba de resguardar a sus espaldas la corta distancia que lo separaba de Anaida.

Aruao reconoció lentamente con la vista aquel lugar: buscaba a la virgen de la duna, más pesaroso de no verla que colérico por la muerte de su amigo.

La mirada indagadora del alile comprendida por Turupen lo encendió en la rabia de los celos; y se hubiera abalanzado inmediatamente a su enemigo a no mediar la circunstancia del desafío, que en las guerras de los salvajes debe ir acompañado de ciertas ceremonias previas, fútiles si se quiere, pero muy esenciales según sus leyes llenas de jactanciosa arrogancia. El fin de todo salvaje delante del enemigo es provocarlo, ya se encuentre prisionero en su poder, ya trate de conseguir lidiando cuerpo a cuerpo la victoria: en el primer caso demuestra que desprecia el dolor, en el segundo que tiene seguridad del triunfo.

—Si te parece bien, zorro Aruao, salgamos a más escampado lugar para medirnos con todas las armas del desierto. Cuando se encuentran dos enemigos, como el alile y el caimán, se deben poner todos los medios para que corra bien la sangre...

Esto le dijo Turupen, reconcentrando su rabia y tratando de dominarse y sacar lejos de allí a su temible rival.

—Hablas muy sabiamente, caimán guerrero —le respondió Aruao con sonrisa burlona—, pero jamás hago lo que se le antoja a mi enemigo siquiera sea por llevar la contraria. Cuanto más ahora —añadió, marcando con intención sus palabras—, que tengo para mí que no saldré de este lugar sin matarte y llevarme alguna torcaza zapara dormida fuera del nido...

—Acabemos, pues, maldito *lenguaraz* —le gritó Turupen tensando el arco y amagándolo sin soltar la flecha sobre el hombro derecho.

³⁰ *Tatusio*, Dios americano que lo figuran situado sobre un puente de madera que conduce al cielo juzgando las almas de los indios.

"Empecemos más bien", le contestó con flema Aruao, amagándolo igualmente sobre el mismo costado.

Dieron de consuno una media vuelta hasta ponerse espalda con espalda y se alejaron en contraria dirección paso a paso, encorvados sobre el arco y poniendo cada cual en la cuerda dos flechas.

Ambos guerreros iban caminando con más lentitud de lo acostumbrado; parecía que reconcentraban sus fuerzas y su atención para no marrar la primera puntería; pero era lo cierto que empezaban tan singular desafío mordido el uno por la ponzoñosa víbora, desangrándose el otro con el flechazo de Chaima.

El primero que contó diez pasos gritando *poró* fué Turupen: la misma voz dejó oír en el instante Aruao. De espaldas aún, se golpearon con la izquierda la boca formando una especie de sonido que se reprodujo con extraño rumor en aquellos *arcabucos* semejante a los lamentos de un niño abandonado en una caverna; con lo que dieron el frente y mirando, siempre inclinados, a la diestra y a la siniestra, irguiéronse luego con arrogancia lanzando a la vez sobre su contrario los dardos que ya tenían calados. Se abría, pues, aquel combate salvaje a veinte pasos de distancia. La muerte no debía hacerse esperar mucho tiempo.

En tal momento volvió en sí Anaida y encontrándose sola, en medio de aquella selva sin poderse explicar cuanto le pasaba y sobrecogida de terror con la idea de que su madre había atravesado por los oídos de Yarfá, para llegar hasta ella enojada e iracunda, lanzó un grito de angustia que desgarraba el alma. Oyéronle entrambos combatientes y palidiecieron a la vez; pero la impresión que experimentaron adolecía del amor que cada uno le tenía a su modo. Turupen, creyendo que la flecha de Aruao había herido a la virgen después de pasar silbando sobre él llevándole la coroz⁴⁰, le dijo en tono de asombro y de cólera: "¡Lo ves, miserable alile,! tengo que beber hoy toda tu sangre; tengo que cortar tus carnes a pedazos para que hasta las aves de rapiña zaparas cuenten a mis mayores en los campos de Jamaica que he vengado la muerte de mi esposa Anaida".

⁴⁰ Coroza, lo mismo que tequiara.

“¿Tu esposa dices —prorrumpió el alile— y olvidas que yo, Aruao, el zorro del Coquivacoa, no te he dejado tocar aún sus mejillas...?” ¡Ah! tanto mejor si mi *flecha relámpago*⁴¹ le ha quitado la vida... Pero yo no mato mujeres”, prosiguió furioso dando saltos hacia Turupen y con el semblante contraído por el mar de pasiones encontradas que se extravasaban de su pecho. “Otra cosa es verlas llorar —añadió implacable—, cuando mis flechas traspasan el corazón de sus queridos... ¡Mejor es eso para el rencor de Aruao...! ¡A tu venganza, Parajurito...! Así, así, digno esposo de Anaída” —exclamó (dándole una mirada a su muerto amigo) trémulo de celos, poseído por algún espantoso demonio de las selvas, y haciendo esfuerzos para reírse estrepitosamente... *Iguane! ipiana! iapuni!* iba gritando tartamudo al despedir sobre Turupen, tras cortísima distancia, hasta tres tiros de flecha.

El zapara sorteó o esquivó en cadenciosos movimientos los dos primeros; pero el último, mientras quiso sacudirse por el siniestro lado, le atravesó de lleno la pierna izquierda... La tigna que acosada defiende en la boca del cubil a sus cachorros: el bisonte montaraz que perseguido por la trailla de carniceros perros se para bramando y bajo una nube de polvo que levanta dispersa la sangrienta jauría, no alcanzan a dar una idea del coraje de Turupen nuevamente herido, frente a frente de su odiado enemigo. Este, que se venía encima del zapara resueltamente, también traía sobre el hombro del carcax clavada la saeta que su contrario le había arrojado, como la banderilla llena de cintas en la cerviz de un toro.

—Mi cuchillo vale más que tus armas, zorro mañero; él pica mejor todavía que mi flecha *culebra* que tan galano te ha puesto el hombro.

Turupen no pudo decir más porque Aruao le descargó con una fuerza descomunal su macana medio a medio de la cabeza. Tambaleó el valiente zapara, una nube de sangre se le extendió por los ojos; pero así, casi al perder el sentido, teniendo por seguro que Aruao iba a con-

⁴¹ *Flecha relámpago*. Los indios ponen nombres a todas sus flechas de combate.

cluirlo, hízose a un lado a tientas dando traspies, esquivó el segundo golpe y aferrándose con una voluntad sobrenatural al ya triunfante enemigo, le hundió hasta el puño del lado del corazón su cuchillo de pedernal...

Ambos se desplomaron en silencio y en un mar de sangre vinieron al suelo, como dos estatuas de piedra...

Una india, al caer Turupen, casi lo recibió en sus brazos. Era Anaida. Repuesta de su asombro, con las luces del sol, tuvo que contemplar, escondida entre el follaje, rogando por su esposo, aquel combate a muerte.

Cuando desembocó a poco a la vera de los caimitos, Guaitara con diez guerreros de Tamanaco, avisados por Itota que había seguido corriendo para alertar la ranchería, encontraron a Anaida vuelta de espaldas a los cadáveres aliles y limpiando cuidadosamente el rostro de Turupen. Su semblante estaba tranquilo como el cielo de aquella mañana.

—¿Debemos llorar la muerte del primero de nuestros *poraucas*, bella Anaida? —le preguntó con voz solemne el adivino Guaitara.

—No, padre mío: palpita su corazón: el cielo nos es propicio... mi esposo vive...

En este mismo instante volvió en sí de su letargo el valiente gandul, y Anaida, con una voz semejante al arrullo de las palomas, murmuró: *¡bendito sea Amariba!*

Turupen fijó una mirada de felicidad en los ojos de Anaida, alzó todavía temblando sus manos al cielo, como para darle gracias de la victoria, y se reclinó otra vez en el seno de la virgen... Guaitara saludó la venida del alba y los guerreros cantaron el himno del triunfo zapara arrancando flores y derramándolas sobre Anaida y Turupen.

POST-SCRIPTUM

SEÑOR ELOY ESCOBAR.

Caracas.

Estimado Eloy:

Me aconsejaste que escribiera una leyenda indiana y acogi tu pensamiento tan de veras, que me puse de luego a luego a confeccionar el plan de mi "MARACAIDA". Creí entonces poder dedicarte el fruto primero de mi pobre ingenio en este género a la vuelta de algunos meses; pero llevo trazas, mi querido amigo, de no concluir aquel trabajo en mucho tiempo, ya por las dimensiones que ha tomado, ya por que en la zaranda republicana he venido a parar a una imprenta que no me deja vagar ni espacio sino para ser impresor.

Mira pues, Eloy, que teniendo necesidad de corresponder a tu amistoso consejo, lo más pronto posible, de miedo que siga el juego de la zaranda y nos separemos aún más de lo que estamos, púseme a escribir muy de prisa como cosa de miedoso, a "Anaida", que te dedico ahora, en faz de cofrade agradecido, y que tiene el mérito (no te vayas a reir incrédulo) de haber sido escrita para tí.

Nada más. Adios: déjate de tristezas, sacúdete, Eloy, echa a pasear tu pereza, escribeme, y recibe el saludo del corazón de un amigo.

JOSÉ RAMÓN YEPES.

IGUARAYA

Publico hoy este pequeño estudio de las costumbres indias, escrito muchos años atrás y guardado como un recuerdo al amigo a quien entonces lo dediqué, a fuer de agradecido, ya que tanto solaz le habia causado su lectura.—“¿Qué mérito tiene Iguaraya?”—Bajo el punto de vista literario, ninguno; pero en el religioso miramiento con que nuestro corazón acata sus duelos íntimos, estas líneas tienen para mí el mérito de una simpatía, de un afecto perdido para siempre. Es el valor que adquieren en nuestra alma ciertas tristezas, de que no hemos sido causa, y que a vuelta de algunos años se convierten, por no sé qué santo prestigio, en dulcísimo consuelo. Muerto ha mucho tiempo Manuel M.^a Silva, mi dedicatoria, pues, no es más que el cumplimiento de una palabra, el antecedente de la tierra enlazado, como todas las cosas del mundo, a la eternidad del cielo.

JOSÉ RAMÓN YEPES

IGUARAYA

I

Famosos son los indios *jiraharas* por sus saetas empapadas en filtros que calman las agonías de la muerte con deliciosos sueños; pero preguntad a las matronas todas del lago Coquivacoa: ¿cuál es la mayor gloria de esa tribu? Y os responderán dando gritos de alegría, señalando sus vírgenes de negros ojos, cuya belleza, de madres a hijas, se canta siempre en los *areitos* nocturnos y repetida por los videntes salvajes de *ranchería* en *ranchería*.

II

Iguaraya, la hija del *cacique* Paipa, pertenecía a esa raza privilegiada que, como las saetas de la tribu, hacía sufrir también, velando el martirio de un amor sin esperanza, con la irresistible fascinación de su belleza india. Iguaraya llevaba el nombre de la fruta *caiquetía* que le roba al sol su color de sangre, porque jamás virgen alguna sonrió con unos labios más encendidos, ni guardó los hilos de perlas nativas en dos conchas tan purpúrinas. En la boca de la india, pues, que parecía una *iguaraya* entreabierta con el calor del estío, encontró el *jirahara* la pintoresca imagen con cuyo nombre debió ser conocida más tarde.

III

Paipa decía, viendo a su hija, haber jurado por el *Gran Caimán* sobre los huesos de su padre *Macuire*, no quebrantar el agüero que al nacer aquélla, sacaron los *mojanés* de una pequeña piedra, caída del cielo. Iguaraya adoraba a su padre, mas siempre que lo oía hablar del vaticinio hecho por los videntes, y de su tan sagrado juramento, se ponía más pálida que las tamaibas silvestres y se alejaba sollozando hacia la orilla del lago.

IV

Razón tenía la india para llorar cuando tan inexorables eran con ella el cielo y los hombres. Los *mojanés* habían dicho que la hija de Paipa se casaría sólo en el caso de que el más valiente de los guerreros *jiraharas* clavase una flecha en el cielo. Los *mojanés*, como se ve, condenaron a la virgen desde su nacimiento al martirio, a la desolación de la vida, ya que el corazón necesita amar y ser amado para tomar parte en las sonrisas y en las alegrías de la naturaleza. Paipa, el único que tenía poder, en fuerza de su autoridad, para anular ese horóscopo insensato de la ignorancia y la mentira; el solo llamado a desmentir y contradecir a los *mojanés* para que cambiasen o interpretasen la caída de la piedra en un sentido más favorable, más posible, con la felicidad de su hija; Paipa, repetimos, había jurado, por el contrario, respetar el mandato de *Amariba* conocido y publicado por los adivinos. ¿Era tan religioso el *cacique jirahara* que lo forzase a obedecer ciegamente su credulidad? ¿Temía tanto a sus dioses implacables que ante ellos se inclinase, a su pesar, lleno de terror? Nada de eso: Paipa, como todo el que hace intervenir la religión para someter a la multitud, como todos los hipócritas, como todos los tiranos, sabía evadir los pronósticos y malos agüeros, cuando no corrían parejas con sus fines e intereses; y se anonadaba resignado en medio de la crédula y admirada turba, siempre que los viejos *vehiques* del adoratorio pronosticaban alguna cosa de que él pudiera

sacar provecho. En esta vez su sumisión nada tenía que ver con su autoridad de *cacique*; pero sí reconocía por origen en el fondo de su pecho, esa predilección egoísta de algunos padres que, por su propia felicidad, la felicidad de estrechar a un hijo contra su corazón, no se hacen cargo de los ocultos y ajenos deseos, ni menos toman en cuenta la voz imperiosa de la naturaleza, que tan alto habla y apremia tanto a las organizaciones jóvenes. Con que así, el peor enemigo de la dicha de Iguaraya era el amor mal entendido de su padre.

V

Dicen los *mojanes* del desierto que las parásitas americanas exhalan su embriagadora fragancia a la venida del alba, porque es entonces que las acarician los vientos nocturnos. Será eso verdad, ya que los *mojanes* lo dicen; pero si tan sabedores son de los misterios de las flores, ¿por qué pretendían un imposible?, ¿por qué se mostraban tan torpes en las realidades de la vida? El corazón de una virgen necesita también como las flores ocultas en las montañas, luz y aire, que en la insondable esfera del sentimiento, se transforman en una mirada suplicante y en la entrecortada palabra de unos labios balbucientes: el corazón de una virgen da sus perfumes también, como aquellas parásitas, al ritmo encantado de una promesa amorosa. Iguaraya, pues, era más infeliz que las florecillas silvestres de que hablan los adivinos.

VI

Esto no es decir que faltasen en la *ranchería jirahara* amosos y apuestos gandules, enamorados hasta la desesperación de la pobre india; todo lo contrario. El imposible de levantar para Iguaraya la choza del matrimonio, que implicaba el agüero salvaje, era un incentivo poderoso para la juventud guerrera a caza siempre de ilusiones y novedades; pero, ¿qué podían hacer ahora los *poraucas*? Contemplar de lejos una dicha vedada para todos y dirigir, musitando, quejas a *Amariba*, el dios bue-

no, porque se había dejado vencer esta vez por *Yarfá*, el espíritu de las tinieblas.

VII

Los más osados se daban a pensar que el terror o la astucia eran los únicos dos caminos que podían conducir a resolver el agüero de los *mojanés*; pero ¿el terror cómo, cuando Paipa gobernaba a los *jiraharas* por su valor a toda prueba? ¿De qué modo la astucia, cuando los videntes hacían de ella profesión y tenían envuelto al pueblo de los palmeros en la red de sus travesuras y misterios? ¡Pobres enamorados! ¡Infeliz hija de Paipa! En el fondo de tan gran cuita los adivinos no habían dejado, como en la caja de la Eva de los helenos, ni aun la esperanza ...

VIII

Era una tarde en que el ardiente sol de la canícula descendía melancólico, solemne, espléndido, con todos los colores que tiene la luz en la zona tórrida. El cielo de Occidente, sembrado aquí y allá con las nubes arremolinadas al viento vespertino, semejaba al incendio de un polvorin de guerra que en todas direcciones hubiese esparcido los miembros ensangrentados y palpitantes de un ejército. De aquel fondo de espacio carmíneo, que parecía temblar chispeando como el aire de un horno encendido, se destacaban purísimos y vaporosos algunos rayos azules formando notable contraste con la irradiación tempestuosa del crepúsculo.

IX

A la orilla del lago, Iguaraya se inclinaba pensativa, trazando en las movibles arenas informes figuras, semejantes a las nubes de fuego que se agrupaban al occidente.

X

“Desgraciada de mí”, murmuraba para sí la india, “jamás podré bañar en estas aguas ni enseñar a bendecir a Amariba, en una tarde como esta, a un ser que me pertenezca”.

“Sola, siempre sola...”

“¿Qué vale se pronuncie mi nombre al ruido de los caracoles del alba, si no tengo un pajarillo que me acompañe y me siga en las fiestas del desierto?”

“Sola, siempre sola...”

“El día en que repose en la cárcava de la muerte, no tendré quien refresque mi sueño con las palabras que todas las mañanas le digo a mi muerta madre Yuruma... no tendré quien lllore por mí, como yo por ella lloro...”

“Sola, siempre sola...”

XI

“¡India...!” —exclamó en este instante una voz harto conocida de Iguaraya.

—Taica, siempre te encuentro en mi camino. No dejas ni aun llorar a solas a la pobre hija de Yuruma.

—Yo podría decirte, india —contestó con tono grave el guerrero—, que tú darás la muerte al hijo de Toa, el terror de los valientes.

XII

Iguaraya se quedó viendo atentamente la cara del gaudul, y con el abandono y poca precaución del niño que no comprende el peligro, haciendo oír una voz más dulce y dolorosa que el arrullo de las palomas torcaces, le dijo:

—Amariba es testigo de que no te quiero mal; pero bien me está que no de oídos a tus palabras, ya que mi padre, los videntes y el cielo han encerrado mi felicidad en un sueño imposible...

—¡Es verdad...! —afirmó con tristeza Taica—; es ver-

dad, imposible. Mi brazo que es el más fuerte de los *jiraharas*; mi brazo que ha podido doblegar crujiendo el arco de mi padre Toa, y que ha hecho saltar con la *guai-ca* los ojos del enorme caimán del Coquivacoa, es impotente, Iguaraya, es impotente para conquistarte...

—Está bien —prosiguió suspirando después de un rato de silencio—, está bien: cuando el *jirahara* lleva delante de sí una sombra que le persigue: cuando no puede cerrar sus ojos sin que una voz, la voz de su espíritu, le diga al oído palabras misteriosas: cuando siente su corazón despedazado por el dolor, como si el tizón encendido del *adoratorio* se apagara en sus carnes; entonces, virgen Iguaraya, debe morir el hijo del desierto para que los *poraucas* amigos no le vean llorar... Yo he salido aquí a la orilla del Coquivacoa —añadió— para decirte esto; porque si has sido fatal para mí, tú eres buena, hija de Yuruma, y acaso derrames algunas lágrimas en la huta abandonada de mis padres.

XIII

Taica se golpeó tres veces el pecho, llevóse entrambas manos a los ojos y se ausentó, paso a paso, haciendo sonar en su carcax las flechas hacinadas detrás de su hombro derecho.

XIV

Iguaraya guardó silencio. La enredadera de flores purpúreas no se estremece tanto al viento de la noche en las orillas del Catatumbo, como la pobre virgen oyendo el apasionado y triste acento de Taica. Luchaba con su corazón, con su naturaleza salvaje, con su sangre de quince años, que le subía a las pupilas en lágrimas; luchaba, en fin, con la compasión, ese como perfume purísimo de la mujer, origen las más de las veces de su desgracia; pero triunfó de todo eso la virtud de aquella hija del desierto. Esa virtud no era otra cosa que la ciega obediencia a su padre, el inflexible *cacique*.

XV

"¿Y qué puedo yo hacer?" —dijo la india dando rienda suelta al llanto, luego que se hubo alejado Taica—. "Morir con él sería lo mejor si no fuera la hija de Paipa el *jirahara*; pero, ¿deberé condenar a mi padre a la soledad, sólo porque me falte aliento para sufrir, porque no tengo resignación para sobrellevar la voluntad de los viejos *piaimanes*? Yuruma, madre mía, que conoces mi corazón, mira las angustias de tu pobre hija. Yo no me atravesaré las carnes con la *raya envenenada*, ni me dejaré caer al fondo del Coquivacoa; pero no por eso habrá otra virgen más infeliz que yo, Iguaraya la huérfana, a quien han cerrado el corazón para que muera en silencio".

XVI

Iguaraya enderezó sus pasos al espacioso *bohío* de Paipa, y como la luna se levantaba alumbrando la primera sombra de la noche, bien se podía ver la frente de la india medio inclinada por la tristeza y más pálida que aquella en las verdes y trémulas palmas.

XVII

Taica caminaba también, asaz preocupado, en la opuesta dirección de la tribu *jirahara*.

XVIII

A la solemnidad del crepúsculo del desierto sigue siempre un momento, un instante en que se calla al improviso la voz de cuanto existe, como para tomar aliento o cambiar de tono en el diapasón universal; y mientras se asoma alguna blanca y lejana estrella, la sombra, ese polvo elemental de la existencia, se extiende soñolienta y misteriosa, absorbiendo o descolorando la luz del sol; parece entonces que llegan fugitivos y cruzan incompre-

sibles en el espacio otros ruidos, otros rumores, otros himnos; que no son los del día, pero que preludian a su vez, el concierto eterno de la naturaleza y la armonía inmortal que reina entre la tierra y el cielo.

Como lo hemos dicho, Taica seguía su destino en esa hora, punto de transición del día a la noche, melancólico y doloroso adiós de la luz vespertina.

XIX

"Aquí es" —dijo, llegando a una comba formada de manglares, por donde se internaba el lago inmoble y transparente como la losa de un sepulcro. Aquel lugar era uno de los encantados remansos del Coquivacqa, llamado entre los *jiraharas* "la pesquera de las telinas o almejías azules".

XX

Una vez allí, se detuvo como buscando con la vista, entre la media sombra, algún objeto, pensando lo que debía de hacer: luego se dirigió a una corpulenta *palma mo-para* de cuyo tronco estaba amarrada la huasca de un *cayuco* pescador que se balanceaba, como una paviota, en la dormida onda.

Taica era ágil como el jaguar barreteado de negro, fuerte como la vera petrificada que resiste al rayo; conque así, deshecha la amarra, saltó al *cayuco*, y sin cuidarse de que podría zozobrar bamboleando con el brusco peso de su cuerpo, según aquel era de frágil, se metió, a los golpes de su *pagayo*, por el confuso bosque de manglares centenarios.

XXI

Mientras más el indio se internaba en aquel laberinto de copudos árboles que se levantaban del seno de las aguas, su mirada se iba haciendo más sombría: las espesas y arqueadas cejas de su rostro cobrizo se contraían, con cierta tenacidad nerviosa, sobre una arruga de la frente, formada al parecer por el afán intenso de una

idea espantosa. Medio encorvado a una y otra banda de la pequeña embarcación, en fuerza de la boga, respiraba con dificultad como ahogado bajo el velo negro de su cabellera, que le cubría la espalda y parte del rostro: una sonrisa indefinible descubría la dentadura de su raza caribe: pero aquel temblor de los labios del indio no era ya el signo de su alegría, al primer grito de la sangrienta *guazábara*; no: aquella sonrisa tenía un no sé qué de intemperante, de diabólico, en que la rabia, el tedio, la desesperación, le pedían al crimen y al infierno su más horrendo visaje para dibujarse en los labios de Taica.

De esta manera fué a dar en breves instantes a un círculo de palmas marinas, a través de cuyo follaje se dejaba ver, como una aparición fantástica sobre aquellas aguas verdes, el cielo de los trópicos, con su luna, sus estrellas, sus fuegos errantes y esa gasa impalpable de azul y oro que parece flotar prendida de los astros americanos, para hacer las noches tan bellas.

XXII

El golpe del *pagayo* en la borda del *cayuco* cesó. Taica había suspendido la boga, y el silencio nocturno de aquel lugar solitario recobró su pavorosa gravedad.

Ponerse el indio de pie en el movable madero, arrojar el *canalete* a gran distancia, y abalanzarse de cabeza al fondo de aquellas aguas fue todo uno. Pero ¿qué grito ha dejado escapar de su pecho el hijo de la naturaleza, en ese breve instante de la vida y la muerte, cuando aún no lo había recibido en su seno la dormida onda? ¿Habrá visto Taica al improviso la insólita aparición de algún fantasma del abismo? ¿Creerá haber oído la voz de *Tatusio*, el dios paraguayo que dispone de la suerte de los espíritus en la mansión de las almas? ¿Quién ha espantado con ese pavor repentino al valiente hijo de Toa, al más denodado de la tribu *jirahara*? ¿No le pesaba la vida?

¡Ah! la muerte no espanta a nadie: el abismo no tiene mensajeros para el que desea morir. Es la felicidad la que hace estremecer al hombre: es la esperanza la que humedece sus ojos con dulces lágrimas: es un ensueño

convertido en realidad por un juego de la suerte, lo que le arranca a su corazón un grito que se pierde de luego a luego, como el de Taica, en la soledad de la noche...

XXIII

El guerrero había descendido al agua como el *caimán* que, al calentarse en una *barranca*, se precipita al río perseguido por el cazador indio. Con el peso del suicida revolvióse la tersa superficie del pesquero, extendiéndose a la redonda mil círculos luminosos; y aún se balanceaba el *cayuco* con la caída de Taica, cuando éste, como aventado o rechazado del fondo, asomó la cabeza llepa de hojas, enlodado el rostro y tan enmarañados los cabellos de raíces acuáticas, que, antes que un ser humano, semejaba al pálido fulgor de la luna, un monstruo sobrenadando en un lago de betún. Espantoso estaba el salvaje: anhelaba coger, con cierta agonía y precipitación febril, el *cayuco* abandonado momentos antes; y tras los esfuerzos que sobre las aguas hacía, en medio de aquella lucha que sólo era peligrosa para el indio por su impaciencia, las órbitas de sus ojos parecían dos brasas, según le brillaban las pupilas ahora dilatadas por una sorpresa repentina.

Pudo al cabo abordar el *cayuco* por la proa y se acurrucó silencioso.

XXIV

¿Qué pretendía Taica? Sin sacudirse siquiera ni cuidar de las flechas que se le salían del carcax, así como salió, sucio y chorreando agua de la cabeza a los pies, púsose a mirar muy inclinado sobre la borda, el lugar o punto del remanso de donde acababa de surgir. Si pretendía vislumbrar algo, si buscaba algún objeto, de seguro que no daba con él por de pronto, pues las aguas burbujaban revueltas y cenagosas.

Aquel indio, desfigurado como estaba, parecía una momia de los misteriosos *almaras* sobrenadando a la palabra mágica de un *piache*.

Aquella escena de una sola criatura en las solitarias

y abandonadas orillas del Coquivacoa, era insólita, extraordinaria como la vida desconocida de los salvajes.

Aquel sitio era tan triste y aquella hora tan melancólica, que hasta la dulce voz escapada de la garganta de un pajarillo, que por allí saltaba, tenía un misterio inexplicable. Así se oye en mitad de la noche, sobre la corriente del Orinoco, salir de una cesta de mimbres abandonada, el último vahído de un niño cuyo espíritu vuela al cielo...

Empero Taica continuaba inmóvil.

Las aguas del remanso seguían revueltas.

XXV

Un segundo grito más vibrante, más poderoso que el primero, perturbó de nuevo la silente soledad de aquella floresta marina.

¿Qué había sucedido?

Tranquila al fin la linfa del Coquivacoa, Taica pudo ver en ella, como al momento de precipitarse, la pálida y temblorosa visión del astro de la noche.

“Esto es, esto es” —murmuró luego hablando consigo mismo y al parecer embelesado con las luces del cielo que se retrataban sobre las tranquilas aguas—. “¡Y yo quería matarme!” —añadió a guisa de reconvenirse—: “Iguaraya” —gritó después de un rato de silencio, acometido de una alegría salvaje—. “Iguaraya, hija de Pai-pa, la más bella de las vírgenes jiraharas, tú serás mía: yo levantaré para tí la *huta* del matrimonio”.

XXVI

Taica no *achicó* siquiera el *cayuco* casi lleno de agua, ni aun se cuidó de recoger el *pagayo* que había botado, pues con entrambas manos emprendió la boga; y fuerte como era y delirante como estaba, sirviéronle aquellas de remos a uno y otro lado, alejándose del palmar buscando tierra.

En su camino iba cantando:

—“Yo sabía que la luna se dejaba ver en el cielo para encantar los misteriosos amores de los salvajes.

“Yo sabía que descendía también al fondo del Coquivacoa y rodeada de su séquito espléndido de luceros, visitaba silenciosa los Genios marinos.

“Pero yo ignoraba que su luz puede reanimar al hijo de la naturaleza, inspirándole a las puertas de la muerte el pensamiento de la vida, la realidad de un imposible.

“Nuestra madre, la sutil *Iboroco*, formó por medio de la astucia al *jirahara*. Embelificó una garza morena y de sus plumas, arrojadas al viento, salieron mil guerreros

“Está bien: yo engañaré a los adivinos del *adoratorio*; me llamarán el astuto, y mal que le pese a Paipa, su hija será mía.

“Salud, peregrina del cielo, que me has inspirado el único pensamiento que podía cambiar mi tristeza en este canto de alegría.

“Madre *Iboroco*, ayúdame; soy *jirahara*”.

XXVII

Era la hora en que se iluminaban los cocales con las fogatas nocturnas y el joven *porauca* contaba en el seno de la familia las primeras hazañas que le habían dado nombre, cuando se dejó oír la canturía lejana de Taica bogando en demanda de la tribu.

Salió corriendo un *piache* del adoratorio y dijo a Paipa “que el acento de aquel indio le pronosticaba desgracias extraordinarias”.

—Pues ¿qué hay de común entre esa voz, que será sin duda de algún pescador de telirlas, y los destinos del padre de Iguaraya?

—¿Qué hay de común? —murmuró pausadamente el sacerdote—, “las dos verdades, misterio profundo de la naturaleza: el amor que tu hija le tiene ya a ese cantor perdido entre la sombra y la voluntad de *Amariba*, que no por ser una cifra incomprensible para el salvaje deja jamás de cumplirse...”

El cacique frunció el ceño en señal de ira: quiso replicar, pero ya el *piache* había desaparecido.

XXVIII

Frescas son las mañanas del lago empapadas, por decirlo así, con los perfumes del viento ribereño.

Espléndida es la salida del sol tras las nubes carmíneas del alba en la tierra de los palmares índicos.

La escena que tratamos de describir pasaba en la ranchería *jirahara*.

Es un pesquero de aguas azules y tranquilas, limitado por ramblas de arenas blancas y algunos montoncillos de bejucos rastreros, semejantes a los antiguos sepulcros.

Desde esta orilla, como a distancia de un tiro de flecha, aguas adentro de la ensenada, la profundidad del pesquero es tan poca que los indiezuelos sacan para sus juegos e infantiles alegrías limo y almejas del fondo. Toda la tierra inmediata está sembrada de *cabimos* y *palmas moporas*, muchas de las cuales avanzan sus raíces buscando el agua e inclinan sus copas como para retratarse en ella o escuchar los mil rumores de los vientos marinos.

Partiendo de aquí, con la vista al oriente, una ancha calle de corpulentos *zapotillos* y olorosos *chirimoyos* presenta un espectáculo asaz extraño y pintoresco.

XXIX

Abigarrado el cuerpo, la mano en el arco y a pie firme sin quitar la vista del adoratorio de *Yarfá*, se encuentra una numerosa tropa de noveles cazadores formada en el comedio de la planicie o plaza pública, como en la víspera de una batalla.

Sentada al dintel de cada choza de las inmediatas al templo, se ve a una joven india coronada de flores, llena de *ajorcas* y sargas de corales, cantando a voces y dando otras dolorosos gritos en señal de duelo.

Detrás de los gandules guerreros levántase una inmensa hoguera alimentada a la continua por niños indios que, más ligeros que las golondrinas, corren, van y vienen con hacecillos de zarzafras y juncos odoríferos de los bosques.

A la pálida claridad de aquel fuego crujiendo y lanzando humo y chispas, van colocándose los músicos del desierto con el tambor de piel de *hurama*, la concha de tortuga, los platillos de piedra metálica y la bocina recalentada y cocida al sol de la canícula.

A la diestra del templo está la *huta* de Paipa, a cuya entrada hay cincuenta experimentados *poraucas*, de cucillas, silenciosos y con las *tequiaras* puestas al suelo.

Mírase a la siniestra el *Tapoi* de los peregrinos, de donde salen los indios de todas las tribus del lago, que allí de camino se han encontrado por acaso.

XXX

Al asomar el sol como un platillo ensangrentado que se detuviese, por extraordinario equilibrio, de bordes sobre un hilo de alambre: al presentarse todo entero en el horizonte, que era la señal convenida, resonó en el interior del templo un espantoso e insólito clamoreo, contestado a una con varonil vigor por cuantos se encontraban de la parte de afuera.

Remolinó entonces la turba de guerreros y se extendió en alas, rodilla en tierra y calado el arco, hasta el remanso de la pesquera.

Levantáronse los guardias de Paipa y salió éste acompañado de Iguaraya: reuniéronse en el instante las vírgenes de las inmediaciones que cantaban y lloraban.

Los del *Tapoi* empezaron la danza de los peregrinos; cayó la estera de pleitas negras que cubría la puerta del *adoratorio* y del interior fueron asomándose al principio, y saliendo luego en grupos de tres en tres, primero los *piaches* jóvenes de largos arcos y mantas listadas, y después los viejos videntes cuyas cabelleras tenían el color de las nubes de la noche.

Por último, sobre los hombros de ocho robustos *jiraharas* pintorreteados de negro y bermellón, apareció el dios *Yarfá* con cabeza de *iboroco*, espaldas y manos de mono y lo restante del cuerpo figurando la cola de un caimán. Esta monstruosa e informe figura, símbolo de las creencias salvajes, parecía haber sido esculpida en su principio en la nativa madera que se petrifica con el tras-

curso del tiempo y que los *piaches* habían vuelto peder-nal también al fuego de los sacrificios.

XXXI

Detrás de las andas del ídolo venía solo, armado a la ligera, Taica, el valiente hijo de Toa, que aquel día desafiaba la muerte, arrostraba la cólera de Paipa y tenía en suspenso a *piaches*, guerreros, matronas y adivinos, ya que les había ofrecido a los videntes, sobre la piedra de *Yarfá*, clavar una flecha en el cielo para cumplir el horoscopo de Iguaraya...

XXXII

Aquella procesión, que era nada menos que la ranche-ría en masa, se movió lentamente camino de la orilla del lago.

Paipa se incorporó de luego a luego con su comitiva al futuro hijo, disimulando con mal comprimida ira el despecho interno que le acosaba.

Es, sobre todo, defecto capital de los salvajes, no doblegarse a las circunstancias: nada hay menos flexible que la inteligencia de un indio. Paipa se había acost-umbrado a pensar que su hija lo acompañaría siempre, y ahora la pretensión, o mejor dicho, el arrojo de Taica, contradiéndolo, lo tenía rabioso como la víbora que busca el hueco de una piedra para mudar de piel.

Por su parte el gandul *jirahara*, viendo junto de sí a Iguaraya, sintió vivísima alegría, y lleno de esa arrogancia tan común en el salvaje en presencia del peligro, se adelantó algunos pasos, llegóse a la hoguera, y dando tres palmadas, caló una flecha, entesó el arco e inclinada una rodilla en tierra, vuelto a los *mojanes*, cantó:

XXXIII

“El hijo de Toa se burla del peligro y se alegra con el festín de la muerte. Vosotros sabéis, *jiraharas*, el es-

panto que infunde mi nombre en las *guazábaras* del desierto bajo las saetillas de las trincheras enemigas”.

“Pero el hijo de Toa quiere hoy vivir, porque le espera la felicidad, si vosotros, padres *vehiques del adoratorio*, le hacéis justicia”.

“Apagad, pues, esa hoguera, que aquí no hay víctimas; y yo, *jirahara* descendiente de la astuta *Iboroco*, sabré cumplir la voluntad de *Amariba*”.

XXXIV

Pasaba a la sazón dando graznidos una bandada de cuervos negros, de esos que vuelan formando triángulos, y Taica, soltando la flecha que aprisionaba sobre el flexible *curarire*, hizo caer a sus pies aleteando y herida de muerte una de aquellas aves agoreras.

“Adelante”, gritó furibundo el cacique, sin saber lo que decía: y la multitud siguió caminando para el pesquero, al ruido de los instrumentos músicos, al canto de los *mojanes* y formando con sus voces de aprobación por lo que acababa de hacer Taica, un rumor semejante a los graznidos de aquellos cuervos que aún se distinguían a lo lejos.

XXXV

Mientras tanto Taica, incorporado ya a la procesión, iba esparciendo al viento las plumas del ave infeliz; que cada y cuando lo tenía a bien le arrancaba.

—“Nunca ha tenido el Coquivacoa flechero más diestro” —murmuraban los peregrinos.

—“Miradlo” —se decían por lo bajo las vírgenes—, “es más bello que Yutí cuando asoma su cabellera de oro a los suspiros del alba”.

—“Es arrogante como *Achurá* de las selvas” —añadían las matronas.

—“Sólo *Illapa* el de la zumbadora honda se atreviera a tanto” —repetían los gandules guerreros.

Los *mojanes* no sabían qué pensar de la osadía del indio.

Fluctuaban entre prestarle apoyo para que saliera del paso lo mejor posible o perderlo: pero esto último tenía sus riesgos con un salvaje tan resuelto como Taica.

Paipa marchaba cabizbajo.

Iguaraya, pálida a las veces, llevaba a sus labios, como para cobrar aliento, un *búcaro* de *sora* que le presentaban sus vírgenes amigas.

XXXVI

Cuando el cortejo llegó a la orilla del lago ya se habían adelantado los seis más antiguos mojanos de *Yarfá*, así para encender un nuevo montón de madera resinosa de *yaro*, levantado en forma de pirámide, como para tomar posesión de las *palmas moporas*, sobre cuyas copas se subieron dando lamentos y mirando al cielo.

Una vez allí fué paseado el ídolo tres veces alrededor de la hoguera; y a cierta señal de Paipa todo el concurso quedó en silencio.

XXXVII

“Guerrero de la tribu *jirahara*, escucha”.

Iguaraya, al oír la voz amenazante de su padre, se ocultó sobrecogida de terror entre sus compañeras.

Taica, impasible, acabó de desplumar al cuervo y lo arrojó en la hoguera. Vuelto al instante al cacique, se quitó la *tequiara* y, juntamente con el arco, púsola a sus pies cruzándose luego de brazos.

Paipa prosiguió:

—“Oye a tu cacique por última vez, hijo de Toa”.

—“En presencia de la *tribu* reunida, aconsejado por los *mojanes*, atento a las súplicas de las matronas y en mi calidad de guerrero, hermano tuyo, y del padre de Iguaraya su defensor, póngote de manifiesto la loca empresa que acometes y el peligro cierto en que te pones”.

—“Dióme Yuruma, la de los tristes ojos, una hija, alegría de mi ancianidad, cuyo corazón quiso el cielo cerrar al amor de madre por medio de un prodigio. Pues bien, tú pretendes hoy contradecir la palabra de los videntes y realizar lo que ningún guerrero ha intentado

llevar a feliz término. ¿Has meditado tu empresa? ¿No comprendes que en este instante los *Yemes* sanguinarios reclaman tus carnes para el festín de la muerte? Cuando *Amariba* quiere perder al salvaje pone una *sira* sobre sus ojos.

“¿No deberé pensar, *guerrero*, que tú corres entre sombras, al suplicio del fuego? Porque, bien lo sabes, *Taica*, y lo sabe la tribu toda, ninguno contradice a *Yarfá* impunemente... escoge, pues, que aún es tiempo: si desistes ahora te espera la vida y el primer lugar por tu valor entre los *poraucas* del *Coquivacoa*: si ratificas tu demanda, si aún pretendes que puedes esconder tus flechas en las nubes, recogerás por fruto la muerte, que es la cosecha de los insensatos... deja en paz a *Iguaraya* y bástete, para tu fama, el intento solo de haber desafiado impunemente el poder y la sabiduría de la gran madre *Iboroco*. A su nombre y en fe de mis palabras arrojé a las llamas esta *coroza* emplumada con las alas del colibrí de las selvas”.

XXXVIII

Como se colije, si le asaltaba al cacique cierto temor confuso de perder a su hija, había en su discurso mucho de hipocresía y mayor deseo de amedrentar al valiente *Taica*. El viejo guerrero estaba seguro en aquel instante de dos cosas: de lo imposible que era cumplir la condición puesta al casamiento de su hija y de la negativa de *Taica*, atento a que se le exigía retroceder ante el peligro en tan solemne momento.

XXXIX

—“Ya lo ves, *chacón*” —respondió el hijo de *Toa* con reposado continente—: “he oído tus palabras y llevado con paciencia que me aconsejes una infamia...”.

La multitud se estremeció de pavor al eco de aquella voz breve, resuelta e imperiosa que no daba lugar sino para la fatalidad o la fortuna.

—“Quiero hablar —gritó luego con toda la fuerza de sus pulmones con el gran *piache* de *Yarfá*”.

Chaima, el más anciano de los videntes, se descolgó en silencio de una de las *palmas moporas* que se inclinaban sobre las aguas, y se le puso delante con aire sombrío.

El concurso hormigueaba ansioso, asombrado, haciendo votos por un tal osado *porauca*.

—“Padre adivino —le dijo—, de aquí a un instante habrás de fallar entre la vida o la muerte de un *firahara*. Sólo te pido justicia en nombre de nuestra madre *Ibo-roco*”.

—“En verdad, guerrero —le respondió conmovido *Chaima*—, si tú imitaras su astucia”.

—“Vuélvete a tu palma y espera...”.

XL

Tres de las vírgenes que rodeaban a Iguaraya salieron del grupo cogidas de las manos, y dirigiéndose a Taica le presentaron las tres necesidades del desierto: la calabaza llena de cidra fermentada de maíz; una concha de marisco con médula de coco, y el *sairí*, a cuyo humo adivinan los viejos *mojanes* las cosas ocultas y los gaudules se duermen con deliciosos sueños.

Taica apenas gustó el blanco manjar, apuró a sorbos la refrigerante bebida e hizo girar en espirales el humo de una bocanada de tabaco. El resto de aquel postrer presente de la vida fue arrojado al fuego.

XLI

No bien se había concluido esta ceremonia sonaron de todas las avenidas del bosque las verdes cornetas de *papayero*.

En medio de aquel estruendo se dejó oír una voz semejante al trueno de las tremolinas del lago: parecía que bajaba de las nubes.

Era Chaima desde la copa del árbol gritando a Taica: “Guerrero, lanza tu flecha y *Amariba* te ayude”. Teniendo ya el gaudul levantado su arco, llevóselo a los pechos

calada una flecha que parecía la entena de un junco chino.

Adelantóse así cuatro pasos hacia la orilla del *pesquero*, miró al cielo, hizo fuerza sobre el recio *curarire*, extendióse crujiendo la entezada cuerda, y como zumba el pedernal lanzado por la mano de un gigante, tal, al despedirse con brusco ímpetu, se elevó hasta perderse de vista la flecha de Taica.

XLII

La ranchería en masa se estremeció; no hubo un corazón que no palpitase apresuradamente: calló la grito salvaje: enmudecieron los instrumentos músicos...

Ninguno se encontraba allí, en verdad, que creyese en lo que ofreciera el *jirahara*; pero su tenacidad y resolución tenían como en suspenso a la multitud, haciéndole esperar, en vago e inexplicable presentimiento, algo de extraordinario, algún accidente repentino que le salvase del suplicio.

¡Tanto puede en el ajeno ánimo la decidida voluntad de un hombre!

Así, cuando cada cual vio sobrecoigido de terror descender la flecha: ¡Taica es perdido! fue la única exclamación que se escapó de todos los labios.

—¡No! ¡no! —gritó con su hueco y poderoso acento el viejo Chaima que seguía la dirección del arma—. Taica ha realizado la voluntad de la zorra nuestra madre; Taica ha clavado su flecha en el cielo, que en este instante asoma su cara en las dormidas aguas.

Los seis *mojanes* apoyados en sus robustos brazos sacaron medio cuerpo desde la altura que ocupaban para dar fe del prodigio: inclinados sobre el *pesquero* y absorbida la mirada, parecían allí suspendidos, al lagarto del Orinoco que oye trémulo, con la cabeza levantada, la *siringa* del *guarauno*.

Allí estaba la flecha enhiesta, que al descender se había clavado de punta en las arenas del fondo donde se retrataba espléndido el cielo de los trópicos.

A par de los seis *mojanes*, la multitud que se precipitó en tumulto a la orilla pudo verla también.

XLIII

Las palabras del viejo *piache* fueron como una revelación repentina para el cacique Paipa.

—¡Ah! —dijo llevando la diestra a su cuchillo de pederal—; Taica es más astuto que el *jaguar* negro: yo debía haber pensado eso.

Iguaraya se precipitó sollozando en los brazos de su padre que la recibió anegado en sangre.

Se había clavado hasta el pomo su cuchillo en el corazón.

El cacique *jirahara* se mataba de rabia.

Taica fué el primero que se apercibió del fatal movimiento del iracundo viejo, por el espanto de su hija; y como todo trémulo y desatentado quisiese, forcejando, separarla del inanimado cuerpo que sostenía sobre sus rodillas, cubriólo Iguaraya con la manta, y con el dedo índice puesto sobre su boca, cuyo carmín oscurecía a la misma sangre de que estaba salpicada, se quedó viendo, sin pestañear, a Taica.

Este quiso llamarla, pero Iguaraya dio de súbito un grito tan lleno de angustia que arrasó todos los ojos en lágrimas. Luego mesándose los cabellos intentó arrojarla a la hoguera diciendo a media voz, llena de terror: "la flecha, la flecha"... estaba loca: la infeliz creía que el arma del guerrero le quitaba la vida a su padre.

XLIV

Bajaron precipitadamente los *mojanés* y declararon a grito herido en presencia de la tribu sobrecogida de terror, que la sangre de Paipa daba esperanzas de que su hija recobraría el juicio algún día.

Ese día jamás llegó.

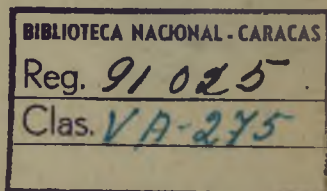
Sobre la pira ensangrentada y humeante, en los funerales del viejo guerrero, fue aclamado Taica cacique de la tribu *jirahara*.

Desde entonces salvaje alguno le vio reír ni llorar.

ÍNDICE

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
José Ramón Yepes	VII
Bibliografía consultada	xxx
Anaida	1
Iguaraya	59



años dedicado a cuestiones de crítica, relacionadas principalmente con nuestra literatura narrativa.

El primer trabajo que publicó, sobre la novela *Cumboto* de Ramón Díaz Sánchez, contiene muchos aciertos y originales puntos de vista. Su ensayo sobre *El Llanero*, que muchos, sin razón, siguen atribuyendo a Daniel Mendoza, resolvió definitivamente un arduo problema bibliográfico.

Oscar Sambrano Urdaneta nació en Boconó (Estado Trujillo) en febrero de 1929; cursó estudios de Filosofía y Letras en el Liceo Andrés Bello, de Caracas, hasta graduarse de bachiller, y por último se especializó en Castellano, Literatura y Latín, en el Instituto Pedagógico. Fué director del Liceo Dalla Costa de Boconó y auxiliar de la *Comisión Editora de las obras completas de Andrés Bello*. Ha ejercido el profesorado en la Escuela Técnica Industrial, adscrita a la Universidad Central de Venezuela, y en algunos colegios particulares. Es Secretario de la *Comisión Editora de las obras completas de Lisandro Alvarado* y Jefe de Prensa de la Oficina de Relaciones y Servicios de la Presidencia de la República.

Ediciones del

**MINISTERIO
DE EDUCACION**



**DIRECCION DE CULTURA
T. BELLAS ARTES**